COLECCIÓN UNIVERSAL

N.os 169 y 170

A. DE VIGNY

Chatterton

DRAMA



Precio: 60 céntimos.

MADRID-BARCELONA
MCMXX

COLECCION UNIVERSAL

A. de Vigny

CHATTERTON

MCMXX

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCION UNIVERSAL

A. DE VIGNY

Chatterton

DRAMA

La traducción del francés ha sido hecha por José Robles.



MADRID-BARCELONA
MCMXX

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

El período romántico francés, cuyo origen suele fijarse en el estreno de Cromwell *(1827) o en el de* Henri III et sa cour *(1829), termina con el fracaso de* Les Burgraves *y representa una fuerte insurrección contra lo clásico.*

Fueron sus adalides Dumas padre, Hugo, Vigny y Musset, los cuales, tomando por modelo a Shakespeare, como nuestros románticos a Calderón, crearon un arte nuevo, libre y rebelde, cuyas desenfrenadas teorías expuso Víctor Hugo en el famoso prólogo de Cromwell.

Esta general imitación del dramaturgo inglés, totalmente desconocido en Francia durante el siglo XVII, estaba, en cierto modo, preparada de antemano. Ya a principios del siglo XIX había representado varias comedias suyas una compañía de refugiados protestantes. Más tarde, el abate Prévost habla de él en Le pour et le contre, *y Voltaire en sus* Lettres philosophiques, *si bien con cierta reserva. Poco después aparecen las traducciones de Letourneur, las primeras que se hicieron al francés. A partir de este momento, la influencia de Shakespeare crece rápidamente. En 1823, unos cómicos ingleses explotan sus dramas con buen resultado; Chateaubriand, que al principio lo despreciaba, reconoce luego su valor; Stendhal se declara partidario suyo en el libro* Racine y Shakespeare. "*A Francia nueva, un teatro nue-*

vo", dice, y preconiza argumentos basados en la historia nacional y escritos en prosa; es decir, lo que no habían hecho Racine ni Corneille, a quienes juzga severamente.

En 1827, a raíz de una formidable discusión que provocó la representación de Shakespeare, Víctor Hugo escribe Cromwell. *El drama clásico había sido vencido.*

A más de Goethe, Schiller, Byron y Walter Scott, autores extranjeros que también hicieron honda mella en el espíritu de los románticos franceses, puede considerarse como influencia directa sobre la literatura de aquel tiempo la vuelta de los Borbones en 1815, que planteó en la nación vecina un conflicto ideológico entre los viejos, aferrados a la tradición, y la juventud, alucinada por visiones grandiosas y trágicas.

La Revolución y el Imperio engendraron el romanticismo; la nueva escuela vivió a expensas de Robespierre y de Napoleón. En Dumas, en Víctor Hugo, los verdugos, las cárceles, los asesinatos, los regicidios, son la base de la mayor parte de sus obras. La sombra de Napoleón se proyecta sobre toda creación literaria. Dumas titula un drama con el nombre del vencedor de Austerlitz; Hugo piensa en él siempre que hace el retrato de un rey o de un emperador.

Uno de los más genuinos representantes del romanticismo fué el conde Alfred de Vigny, nacido en Loches el 27 de marzo de 1797. Espíritu independiente, se cansó pronto de las armas, a cuyo

servicio estaba desde los diez y seis años, y las abandonó en 1828 para dedicarse por completo a las letras. En 1845 ingresó en la Academia francesa. Herido en su orgullo por no haber conseguido el puesto que creía merecer, pasó sus últimos años en un aislamiento voluntario, retirado, según acostumbraba a declarar, en su "torre de marfil".

Vigny, entre los románticos, es una excepción, porque es un pensador. En cada uno de sus poemas late una idea filosófica, siempre pesimista, que no tiene nada que ver con la desesperación declamatoria de sus contemporáneos. Escritor de elevado pensamiento, pero insuficiente de expresión, publicó durante su vida, además de sus obras dramáticas, Poèmes antiques et modernes *(1822),* Cinq-Mars, *novela histórica (1826);* Stello *(1832),* Servitude et grandeur militaires *(1835). Después de su muerte apareció el libro* Destineés, *que contiene sus más bellas poesías.*

En el teatro se dió a conocer por una traducción en verso de Otelo. *En 1831 hizo representar su primer drama original,* La Maréchale d'Ancre, *que fué recibido con injusta frialdad por casi todos los espectadores. Dos años más tarde estrenó* Quitte pour la peur, *comedia en un acto, compuesta expresamente para la Dorval, que quería poner de manifiesto su flexibilidad de actriz entrando en el terreno de lo cómico. Se le debe, además, una adaptación versificada del* Mercader de Venecia, *con el título de* Shylock, *y* Chatterton, *drama en tres actos, que obtuvo un formidable éxito el día*

de su primera representación, 12 de febrero de 1835.

El asunto de esta obra había sido tratado ya en una de las narraciones de Stello. *El autor no hizo más que introducir ligeras modificaciones, que en nada alteran el pensamiento capital: la fatalidad que persigue al poeta de genio en una sociedad incapaz de comprenderlo. Chatterton muere a los diez y ocho años, víctima del trabajo y del desprecio de sus semejantes. Es un mártir del espiritualismo.*

Vigny, ni en ésta ni en ninguna de sus producciones tiene en cuenta la exactitud histórica; desnaturaliza los caracteres y substituye la verdad por la invención; pero sutiliza tanto en el análisis psicológico, que sus personajes no tienen en la escena una vida menos intensa que en la realidad.

Moralmente, Chatterton *es una apología del suicidio. Fué causa de que algunos jóvenes que se creían genios sin serlo se diesen la muerte, cediendo a las malsanas ideas de la obra.* Werther, *que tiene varios puntos de contacto con* Chatterton, *produjo en Alemania análogas consecuencias.*

El éxito de este drama se debió en parte a la interpretación. Vigny lo escribió también para su amante, la Dorval, que en el último acto producía gran efecto al deslizarse sin sentido por la barandilla de la escalera de caracol y caer en el último peldaño. El público tributó a la actriz una estruendosa ovación; el autor la elogia calurosamente en las Notas *que pone al final de su drama,*

y que no publicamos por creerlas de un interés muy secundario para el lector español.

La tesis, explicada con todo detalle en el prólogo, gustó mucho a causa de las ideas revolucionarias de aquel tiempo. Se planteaba una cuestión social en el seno de una familia sencilla y honrada, y esa cuestión se resolvía en contra de la sociedad. El pensamiento del autor se adaptaba perfectamente a los sentimientos de la época. No es de extrañar, pues, que la obra produjese entusiasmo. Hoy también nos satisface, aunque por razones distintas: por la piedad que vibra en toda ella, por la simplicidad con que están dibujados todos los caracteres y, sobre todo, por el homenaje a Chatterton, el "prodigioso niño" que a los once años compuso una sátira en verso, a los catorce llevaba publicados tres volúmenes, y al morir cuando aun no había cumplido los diez y ocho, legó a su patria más de cuatro mil versos, escritos en inglés antiguo y firmados con el supuesto nombre de Thomas Rowley.

JOSE ROBLES.

ULTIMA NOCHE DE TRABAJO

Del 29 al 30 de junio de 1834.

Esta es la cuestión.

Acabo de terminar esta obra austera en el silencio de un trabajo de diez y siete noches. El bullicio de cada día apenas lo interrumpía, y, sin detenerse, las palabras han fluído al molde que había socavado mi pensamiento.

Ahora que está terminada la obra, estremeciéndome aún por los sufrimientos que me ha causado, y en un recogimiento tan santo como la oración, la considero con tristeza y me pregunto si será inútil o si será escuchada por los hombres. Mi alma se inquieta por ellos, considerando el tiempo que es necesario para que la más sencilla idea de uno solo pueda penetrar en el corazón de todos.

Ya hace dos años que he dicho por boca de *Stello* lo que pronto voy a repetir por la de *Chatterton*, y ¿qué bien he hecho? Muchos han leído mi libro y les ha gustado como libro, pero, ¡ay!, qué pocos corazones ha cambiado.

Los extranjeros han tenido a bien traducir las

palabras por las análogas de su lengua, y sus países me han prestado atención de este modo. Entre los hombres que me han escuchado, los unos han aplaudido la composición de los tres dramas suspendidos de un común principio, como tres cuadros de un mismo sostén; los otros han aprobado el modo de anudar los argumentos a las pruebas, las reglas a los ejemplos, los coloridos a las proposiciones; algunos se han detenido particularmente a considerar las páginas en que se encierran las ideas lacónicas, apiñadas como los combatientes de una apretada falange; otros han sonreído a la vista de los colores refulgentes o sombríos del estilo; pero ¿ha llegado esto a sus corazones? Nada me lo prueba. La dureza no se ablanda repentinamente por un libro. Haría falta ser el mismo Dios para un prodigio tal. La mayor parte han dicho, arrojando este libro: "Efectivamente que esta idea podría defenderse. Es un buen alegato." Pero en la causa, ¡oh, gran Dios!, en la causa pendiente de vuestro tribunal no han pensado más.

¿La causa? Es el martirio perpetuo y la constante immolación del poeta. ¿La causa? Es el derecho que tendría a vivir. ¿La causa? Es el pan que no se le da. ¿La causa? Es la muerte que él mismo se ve forzado a darse.

¿De dónde proviene esto que pasa? No cesáis de ensalzar a la inteligencia, y vosotros matáis a los más inteligentes. Los matáis, rehusándoles poder vivir según las condiciones de su naturaleza. Se

creería, viendo que los tratáis con tanta displicencia, que es una cosa común un poeta. Soñad que cuando una nación tiene dos en diez siglos se encuentra dichosa y se enorgullece. Hay pueblo tal que no tiene ni uno de ellos, y que no lo tendrá jamás. ¿De dónde proviene, pues, esto que pasa? ¿Por qué tantos astros extinguidos desde el instante en que comenzaban a apuntar? Es que vosotros no sabéis lo que es un poeta, y no pensáis en ello.

Auras-tu, donc, toujours des yeux pour ne pas voir Jérusalem!

Tres clases de hombres, que es necesario no confundir, obran sobre las sociedades por los trabajos del pensamiento; pero se agitan en regiones que se me figuran separadas eternamente.

El hombre hábil en las cosas de la vida, y apreciado siempre, se ve, entre nosotros a cada paso. Es aplicable a todo y conveniente para todo. Tiene una maleabilidad y una facilidad que rayan en prodigio. Hace justamente lo que se había propuesto hacer, y dice propia y claramente lo que quiere decir. Nada impide que su vida sea prudente y metódica como sus trabajos. Tiene el espíritu libre, despejado y dispuesto, siempre presente y pronto a la respuesta. Desprovisto de emociones reales, vuelve a enviar con prontitud la bala elástica de las buenas palabras. Escribe los asuntos como la literatura, y corrige la literatura como los asuntos. Puede ejercitarse indistintamente en la obra de arte y en la crítica, tomando en una

la forma de moda, y en la otra la disertación sentenciosa. Sabe el número de las palabras que pueden reunirse para aparentar la pasión, la melancolía, la gravedad, la erudición y el entusiasmo. Pero no tiene más que frías veleidades de estas cosas, y más que sentirlas las adivina; las respira de lejos como vagos perfumes de flores desconocidas. Sabe el sitio de la palabra y del sentimiento, y las fijaría matemáticamente en caso de necesidad Se hace el lenguaje de los géneros, como pudiera uno hacerse la máscara de los rostros. Puede escribir comedias y oraciones fúnebres, novelas e historia, epístolas y tragedias, canciones y discursos políticos. Asciende la gramática a la obra en lugar de descender de la inspiración al estilo; él sabe amanerar todo dentro de un gusto vulgar y fino, y puede cincelar todo con gracia, hasta la elocuencia de la pasión. ES EL HOMBRE DE LETRAS.

Este hombre es querido siempre, siempre comprendido, siempre presentable; como es ligero y a nadie le pesa, es llevado en brazos de todos adonde quiere ir; es el amable rey del momento, como uno de aquellos tantos que coronó el siglo XVIII. Este hombre no tiene ninguna necesidad de lástima.

Por encima de él está un hombre de naturaleza más recia y mejor. Una convicción profunda y grave es el manantial de donde saca sus obras y las esparce a grandes raudales sobre un suelo duro y a menudo ingrato. Ha meditado en el re-

tiro su filosofía entera; la ve toda de un golpe; la tiene en su mano como una cadena, y puede decir a qué pensamiento va a colgar su primer eslabón, a cuál llegará el último y qué obras podrán suspenderse de todos los demás en lo sucesivo. Su memoria es rica, exacta y casi infalible; su juicio es sano, sin más turbaciones que las que él busca, sin más pasiones que sus cóleras contenidas; es estudioso y tranquilo. Su genio es la atención llevada al grado más elevado, el buen sentido en su expresión más excelsa. Su lenguaje es justo, sobrio, franco, grande en su manera de ser y vigoroso en sus golpes. Tiene necesidad de orden y de claridad, tendiendo siempre en consideración al pueblo con que habla y la senda por donde conduce a los que creen en él. El ardor de una lucha constante inflama su vida y sus escritos. Su corazón tiene grandes rebeliones y odios grandes y sublimes que lo roen en secreto, pero que domina y disimula su razón perfecta. Después de todo, marcha al paso que quiere, sabe lanzar semillas a gran profundidad y atender a que hayan germinado, en medio de una espantosa inmovilidad. Es maestro de sí mismo y de muchas almas, a las que arrastra de Norte a Sur, según su capricho; tiene un pueblo en la mano, y la opinión que inspira lo mantiene en su propia estimación y le obliga a cuidar de su vida. Es el verdadero, EL GRAN ESCRITOR.

Este no es desgraciado; posee lo que ha querido poseer; siempre será combatido, pero con ar-

mas corteses; y cuando dé armisticios a sus enemigos, recibirá los homenajes de los dos campos. Vencedor o vencido, su frente es coronada. No tiene ninguna necesidad de vuestra piedad.

Pero hay otra clase de naturaleza, naturaleza más apasionada, más pura y más rara. El que proviene de ella es inútil para todo lo que no sea obra divina, y viene al mundo con intervalos raros, dichosamente para él, desgraciadamente para el género humano. Viene para ser carga de los demás, cuando pertenece completamente a esta raza exquisita y poderosa que fué la de los grandes hombres inspirados. La emoción nació con él tan profunda y tan íntima, que lo sumió desde la infancia en éxtasis involuntarios, en sueños interminables, en invenciones infinitas. La imaginación lo posee por encima de todo. Poderosamente construída, su alma retiene y juzga todo con una gran memoria y un sentido recto y penetrante; pero la imaginación lleva sus facultades hacia el cielo tan irresistiblemente como el globo eleva la barquilla. Al menor choque, parte; al menor hálito, vuela y no cesa de vagar por el espacio, que no tiene rutas humanas. ¡Huída sublime hacia mundos desconocidos, llegáis a ser la costumbre invencible de su alma! Desde entonces, no más relaciones con los hombres que no estén alterados y quebrantados en algunos puntos. Su sensibilidad ha llegado a ser muy viva; lo que no hace más que rozar a los otros, lo hiere hasta brotar la sangre; los afectos y las ternuras de su vida son aplas-

tantes y desproporcionados; sus entusiasmos sucesivos lo extravían; sus simpatías son demasiado verdaderas; los que compadece, sufren menos que él, y perece con las penas de los demás. Los disgustos, los choques y las resistencias de la sociedad humana lo sumen en profundos abatimientos, en negras indignaciones, en desolaciones invencibles, porque lo comprende todo demasiado completamente y demasiado profundamente, y porque su vista va directa a las causas que él deplora o desdeña, cuando otros se detienen en los efectos que ellos combaten. De este modo, se calla, se aleja y vuelve sobre sí mismo y se encierra como en un calabozo. Allí, en el interior de su cabeza ardiente, se acrece y se forma algo semejante a un volcán. El fuego se oculta sorda y lentamente en este cráter, y deja escapar sus armoniosas larvas, que se lanzan por su propio impulso en la forma divina de los versos. Pero el día de la erupción, ¿lo sabe él? Se diría que asiste como un extraño a cuanto pasa dentro de sí mismo, ¡tan imprevisto y celestial es esto! Marcha consumido por ardores secretos y languideces inexplicables. Va como un enfermo y no sabe adónde va; se extravía tres días, sin saber adónde se ha arrastrado, como hizo en otro tiempo el preferido de Francia; tiene necesidad de *no hacer nada* para hacer algo en su arte. Es necesario que no haga nada útil y corriente para que tenga tiempo de escuchar los acordes que lentamente se forman en su alma, y que el ruido grosero de un trabajo positivo y re-

gular interrumpe y hace desvanecer infaliblemente. Es EL POETA. Este es excluído desde que se muestra: ¡todas vuestras lágrimas, toda vuestra piedad para él!

Perdonadle y salvadle. Buscad y encontrad para él una vida asegurada, pues por sí mismo no sabrá encontrar más que la muerte. En sus mocedades es cuando siente nacer su fuerza, presiente el porvenir de su genio, abarca con un amor inmenso a la humanidad y a la naturaleza, y entonces es cuando se le desprecia y se le rechaza.

El grita a la multitud: "¡A vosotros os hablo; haced que yo viva!" Y la multitud no le entiende; responde: "¡No te comprendo!" Y tiene razón.

Pues su lenguaje escogido no es comprendido sino por un corto número de personas, también muy escogido. Les grita: "¡Escuchadme y haced que yo viva!" Pero los unos están embriagados con sus propias obras, los otros son desdeñosos y quieren en el niño la perfección del hombre; la mayoría son distraídos e indiferentes, todos impotentes para hacer el bien. Responden: "¡No podemos nada!" Y tienen razón.

El grita al poder: "Escuchadme y haced que yo no muera." Pero el poder declara que él no protege más que a intereses positivos y que es extraño a la inteligencia, a la que tiene ojeriza; y esto declarado altamente e impreso, responde: "¿Qué haré yo de vos?" Y tiene razón. Todo el mundo tiene razón contra él. Y él, ¿se equivoca? ¿Qué

es necesario que haga? No sé; pero he aquí lo que puede hacer.

Puede, si tiene fuerza, hacerse soldado y pasarse la vida bajo las armas; una vida agitada, grosera, en donde la actividad física *matará* a la actividad moral. Puede, si tiene paciencia, condenarse a trabajos de números, en donde el cálculo *matará* a la ilusión. Puede aún, si su corazón no se subleva demasiado violentamente, ceder y aminorar su pensamiento y cesar de cantar para escribir. Puede ser Hombre de letras, o aun mejor: si la filosofía viene en su ayuda, y puede domarse, llegará a ser útil y gran escritor; pero, a la larga, el juicio habrá *matado* a la imaginación, y con ella, ¡ay!, el verdadero Poema que llevaba en su seno.

En todos los casos, él *matará* una parte de sí mismo; pero, para estos semisuicidios, para estas inmensas resignaciones, es necesaria aún una fuerra rara. Si ella no le ha sido concedida, o si las ocasiones en qué emplearla no le han salido al camino, y le faltan hasta para inmolarse; si, sumergido en esta lenta destrucción propia, no puede ni sostenerse, ¿qué partido tomar?

El que Chatterton tomó: matarse por completo; poco queda que hacer.

¡Helo, pues, criminal!, criminal delante de Dios y de los hombres. Pues el SUICIDIO ES UN CRIMEN RELIGIOSO Y SOCIAL. ¿Quién va a negarlo? ¿Quién piensa lo contrario? Es mi convicción, como es, yo creo, la de todo el mundo. Este es un punto bien

dilucidado. El deber y la razón lo dicen. No se trata más que de saber si la desesperación es algo que sea un poco más fuerte que la razón y el deber.

Ciertamente, se encontrarían cosas muy sabias para decírselas a Romeo sobre la tumba de Julieta; pero lo malo es que nadie se atrevería a abrir la boca para pronunciarlas ante un dolor tal. ¡Pensad en esto! La Razón es una potencia fría y lenta que nos liga poco a poco por las ideas que aporta una tras otra, como los lazos sutiles, tenues e incontables de Gulliver; persuade, se impone cuando el curso ordinario de los días está poco turbado; pero la Desesperación verdadera es una potencia devoradora, irresistible, fuera de razonamientos, y que comienza por matar el pensamiento de un solo golpe. La Desesperación no es una idea; es una cosa, una cosa que tortura, que aprieta y que muele el corazón de un hombre como una tenaza, hasta que se vuelva loco y se arroje en brazos de la muerte como en los de una madre.

¿Es él el culpable, decídmelo?, ¿o bien es la sociedad que lo persigue así hasta el final?

Examinemos esto; podemos encontrar que vale la pena.

Hay un juego atroz, común en los niños del Mediodía; todo el mundo lo sabe. Se forma un círculo de carbones encendidos, se coge un escorpión con unas pinzas y se le pone en el centro. Primeramente queda inmóvil hasta que el calor

le abrasa; entonces se conmueve y se agita. Risas. Se decide rápidamente, marcha derecho a la llama, y trata valerosamente de abrirse un camino a través de los carbones; pero el dolor es excesivo y se retira. Risas. Da una vuelta lenta alrededor del círculo, y busca por doquier un paso imposible. Entonces torna al centro y entra de nuevo en su primera, pero aun más sombría, inmovilidad. Por fin toma una resolución: vuelve contra sí un dardo envenenado y cae muerto en el acto. Carcajadas más ruidosas que nunca.

Sin duda que es él el cruel y culpable, y esos niños son buenos e inocentes.

Cuando un hombre muere de esta manera, ¿es, pues, suicida? Es la sociedad, que lo arroja en la hoguera.

Lo repito: la religión y la razón, ideas sublimes, son ideas, sin embargo, y hay tales causas de desesperación extrema que matan las ideas primero y al hombre después: el hambre, por ejemplo. Yo creo ser bastante positivo. Esto no es ideología.

Me será tal vez permitido entonces decir tímidamente que sería bueno que no se dejase llegar a un hombre hasta ese grado de desesperación.

Yo no pido a la sociedad más que aquello que puede hacer. Yo no le rogaría que impidiese las penas de corazón y los infortunios de ideal, que hiciese que Werther y Saint-Preux no amasen a Carlota ni a Julia d'Etanges; yo no le rogaría que impidiese que un rico ocioso, taimado y has-

tiado, se quitase la vida por disgusto de sí mismo o de los demás. Hay, bien lo sé, mil ideas de desolación, contra las que nada se puede. Razón de más, me parece, para pensar en aquellas en las que puede hacerse algo.

El achaque de la inspiración es tal vez ridículo y mal visto; lo admito. Pero se podría no dejar morir a esta especie de enfermos. Son siempre poco numerosos, y no puedo rehuir el creer que tienen algún valor, ya que la especie humana es unánime sobre su grandeza, y los declara inmortales basándose sólo en algunos versos: cuando han muerto, es verdad.

Bien sé que la misma rareza de esos hombres inspirados y desgraciados parecerá ser una prueba contra lo que yo he escrito. Sin duda, el bosquejo imperfecto que he ensayado de estas naturalezas divinas no puede volver a trazar sino algunos rasgos de las grandes figuras del pasado. Se dirá que los síntomas del genio surgen sin preñez o no producen más que obras abortadas; que todo hombre joven y soñador no es poeta por eso; que ensayos no son pruebas; que algunos versos no dan derecho. ¿Y qué sabemos nosotros? ¿Quién nos da a nosotros, pues, el derecho de ocultar la bellota diciendo que no será encina?

Yo digo que algunos versos bastarían para reconocerlos cuando vivían si se sabía mirarlos. ¿Quién no dice ahora que él hubiera dado por lo menos una pensión alimenticia a Andrés Chenier por la oda de *La jeune captive* solamente, y

lo hubiera declarado poeta por los treinta versos de *Myrto?* Pero estoy seguro que durante su vida—y no hace mucho de esto—no se pensaba así; pues él decía:

> Las du mépris des sots qui suit la pauvreté,
> je regarde la tombe, asile souhaité.

Jean La Fontaine ha grabado para vosotros con anticipación sobre su piedra, con desesperada indiferencia:

> Jean s'en alla comme el était venu,
> mangeant son fonds avec son revenu.

Pero sin ese *fondo,* ¿qué hubiera hecho?; ¿para qué, decidme, *era bueno?* El os lo dice: para dormir y no hacer nada. Hubiera, infaliblemente, muerto de hambre.

Los bellos versos, es necesario decir la palabra. son una mercancía que no gusta a la mayoría de los hombres. Luego, la multitud sola multiplica el salario; y en las naciones más bellas no cesa de ser más que a la larga *común* en sus gustos y de querer lo que es *común.* No puede llegar más que después de una instrucción lenta dada por los espíritus elegidos; y esperando, aplasta bajo sus pies a los talentos nacientes, de los que ella no oye ni los gritos de angustia.

¡Eh! ¿No oís el ruido de las pistolas solitarias? Su explosión es mucho más elocuente que mi voz débil. ¿No oís a esos jóvenes desesperados que piden el pan de cada día, y a los que nadie paga el trabajo? ¡Y qué! ¿Las naciones carecen hasta tal punto de lo superfluo? ¿No cogeremos, entre

los palacios y los miles de millones que damos, una boardilla y un pan para los que sin cesar intentan idealizar su nación a pesar suyo? ¿Cesaremos de decirles: "Desespera y muere; *despair and die?*" Al legislador es a quien corresponde curar esta llaga, una de las más vivas y de las más profundas de nuestro cuerpo social; él es el que debe realizar en el presente una parte de los juicios mejores del porvenir, asegurando únicamente algunos años de existencia a todo hombre que hubiera dado un solo testimonio del talento divino. No necesita más que dos cosas: vivir y soñar: EL PAN Y EL TIEMPO.

He aquí el sentimiento y el deseo que me han hecho escribir este drama; no descenderé de esta cuestión a la de la forma de arte que he creado. La vanidad más vana es quizás la de las teoría literarias. No ceso de asombrarme al pensar que haya habido hombres que hayan podido creer de buena fe, durante todo un día, en la duración de las reglas que escribían. Una idea viene al mundo armada de todas armas como Minerva; reviste al nacer la única armadura que le conviene, y que ha de ser su forma estable en el porvenir; la una tendrá hoy una vestimenta compuesta de mil piezas; mañana, la otra, un sencillo ropaje. Si a todos parece bella, uno se apresura a calcarle la forma y a tomarle la medida; los retóricos ano-

tan sus dimensiones, para que en lo futuro se corten otros parecidos. ¡Pueril cuidado! No hay maestro ni escuela en poesía; el único maestro es aquel que se digna infundir en el hombre la emoción fecunda y hacer brotar las ideas de nuestras frentes, que a veces estallan.

¡Puede esta forma no ser derribada por la asamblea que la juzgará dentro de seis meses! Con ella perecería un informe en favor de algunos infortunados desconocidos; pero creo demasiado para temer mucho. Creo, sobre todo, en el porvenir y en la necesidad universal de cosas serias; ahora que el divertimiento de los ojos por sorpresas infantiles hace sonreír a todo el mundo en medio de sus grandes aventuras, es, me parece, la época del *drama de pensamiento.*

Una idea que es el examen de una herida del alma debía tener en su forma la más completa unidad, la sencillez más severa. Si existiese una intriga menos complicada que ésta, la escogería. La acción material es bastante poca cosa, sin embargo. No creo que nadie la reduzca a una expresión más simple de la que yo mismo voy a hacer: Es la historia de un hombre que ha escrito una carta por la mañana y que espera la contestación hasta la tarde; la respuesta llega. Y lo mata. Pero aquí la acción moral lo es todo. La acción está en esa alma entregada a negras tempestades; está en los corazones de esa mujer y de ese anciano que asisten a la tormenta, tratando en vano de retardar el naufragio y luchar contra un

cielo y un mar tan terribles, que el mismo bien, impotente, es arrastrado en el inevitable desastre.

He querido presentar al hombre espiritualista ahogado por una sociedad materialista, donde el calculador avaro explota sin piedad la inteligencia y el trabajo. No he pretendido justificar los actos desesperados de los infelices, sino protestar contra la indiferencia que los obliga a cometerlos. ¿Puede uno llamar demasiado fuerte a la indiferencia, tan difícil de despertar; a la distracción, tan difícil de fijar? ¿Hay otro medio de conmover a la sociedad más que el de mostrarle la tortura de sus víctimas?

El poeta lo era todo para mí; Chatterton no era más que el hombre, y he prescindido a propósito de hechos exactos de su vida, para no tomar de su destino más que aquello que la hacen un ejemplo, por siempre deplorable, de una noble miseria.

Tú, a quien tus compatriotas llaman hoy *maravilloso niño,* que hayas sido justo o no, has sido desgraciado; estoy seguro, y ello me basta. ¡Alma desolada, pobre alma de diez y ocho años, perdóname que tome como símbolo el nombre que llevas en esta tierra y que intente el bien en tu nombre!

CHATTERTON

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en París, en la Comedia Francesa, el 12 de febrero de 1835.

Despair and die.
(Desespera y muere.)
SHAKESPEARE

PERSONAJES

CHATTERTON.
UN CUAQUERO.
KITTY BELL.
JOHN BELL.
LORD BECKFORD, *alcalde de Londres.*
LORD TALBOT.
LORD LAUDERDALE.
LORD KINGSTON.
UN GROOM.
UN OBRERO.
RAQUEL, *hija de Kitty Bell, de seis años de edad.*
SU HERMANO, *de cuatro años.*
TRES LORES JOVENES.
DOCE OBREROS DE LA FABRICA DE JOHN BELL.
CRIADOS DEL LORD-ALCALDE.
CRIADOS DE JOHN BELL.
UN GROOM.

CARACTERES Y TRAJES DE LOS PRINCIPALES PAPELES

Epoca, 1770.

La escena, en Londres.

CHATTERTON.

Carácter.—Joven de diez y ocho años, pálido, de expresión enérgica, de cuerpo débil, agotado por las veladas y los pensamientos, sencillo y elegante a la vez en sus modales, tímido y tierno delante de Kitty Bell, amigable y bueno con el cuáquero, altivo para los demás y a la defensiva con todo el mundo; grave y apasionado en lenguaje y acento.

Traje.—Chaqueta negra, chupa negra, pantalón gris, botas flexibles, pelo obscuro, sin empolvar y cayendo un poco en desorden; aire a la vez militar y eclesiástico.

KITTY BELL.

Carácter.—Mujer de veintidós años, poco más o menos, melancólica, graciosa, elegante por naturaleza más que por educación, reservada, religio-

sa, tímida en sus modales, trémula en presencia de su marido, expansiva y abandonada exclusivamente al amor maternal. Su piedad por Chatterton va a convertirse en amor; lo nota y se estremece; la reserva que se impone aumenta; todo debe indicar, desde que aparece, que un dolor imprevisto y un súbito terror pueden matarla de repente.

Traje.—Sombrero de terciopelo negro, de esos que llaman a la Pamela; falda larga, de seda gris; cintas negras; cabellos largos y ondeados, cuyos bucles flotan sobre el pecho.

El cuaquero.

Carácter.—Viejo octogenario, sano y robusto de cuerpo y alma, de palabra calurosa y enérgica, de una bondad paternal para los que lo rodean, a quienes vigila en silencio, dirigiéndolos sin brusquedad; humorista y misántropo cuando ve los vicios de la sociedad; irritado contra ella, e indulgente para cada hombre en particular, no se sirve de su espíritu mordaz más que cuando la indignación lo enfurece; su mirar es penetrante, pero finge no ver nada para no perder el dominio de su conducta; amigo de la casa y atento al cumplimiento de todos los deberes y al mantenimiento del orden y de la paz, cada uno lo toma en secreto por director de su alma y de su vida.

Traje.—Chaqueta, chupa, calzón, medias de co-

lor avellana, castaño claro o gris; sombrero redondo de anchas alas; cabellos blancos, atusados y flotantes.

JOHN BELL.

Carácter.—Hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, vigoroso, de rostro encarnado, hinchado de *ale*, de *porter* y de *roatsbeef*, mostrando en su modo de andar el aplomo de su riqueza; mirada suspicaz, dominadora; avaro y celoso, brusco en sus modales y haciendo sentir el amo a cada gesto y a cada palabra.

Traje.—Pelo atusado, sin empolvar; amplio y sencillo traje pardo.

LORD BECKFORD.

Carácter.—Viejo rico, importante; figura de protector majadero; mejillas orgullosas, satisfechas, pendientes sobre una corbata bordada; paso firme e imponente. Lleno de estima para la opulencia y de desprecio para la pobreza.

Traje.—Collar de lord-alcalde al cuello; chaqueta lujosa, de brocado; gran bastón de puño de oro.

LORD TALBOT.

Carácter.—Fatuo y buen muchacho a la vez, alegre camarada, aturdido y de modales vivos, enemigo de toda aplicación, y, sobre todo, contentísimo de librarse de todo espectáculo triste y de todo negocio serio.

Traje.—Vestido de caza rojo, cinturón de gamuza, calzón de piel, coleta ligeramente empolvada, gorra negra acharolada.

NOTA.—Los personajes se colocan en el teatro en el orden de su inscripción a la cabeza de cada escena, y queda entendido que los términos *derecha* e *izquierda* se aplican al espectador.

ACTO PRIMERO

La escena figura un vasto aposento; trastienda opulenta y confortable de la casa de John Bell. A la izquierda del espectador, una chimenea llena de carbón de piedra encendido. A la derecha, la puerta de la alcoba de Kitty Bell. Al foro, una gran puerta vidriera, a través de cuyos cristales se ve una tienda lujosa; una escalera de caracol conduce a varias puertas estrechas y sombrías, entre las cuales se encuentra la del cuartito de Chatterton.—El cuáquero lee en un rincón del aposento, a la izquierda del espectador. Kitty Bell está sentada a la derecha; a sus plantas, un niño acomodado en un taburete; una muchachita, de pie, al lado de ella.

ESCENA PRIMERA

EL CUAQUERO, KITTY BELL, RAQUEL.

KITTY BELL. *(A su hija, que enseña un libro a su hermano.)*

Me parece que oigo hablar al señor, no hagáis ruido, niños.

(Al cuáquero.)

¿No creéis que sucede algo?

(EL CUAQUERO *se encoge de hombros.)*

¡Dios mío! Vuestro padre está furioso; sí, sí, muy furioso; lo conozco perfectamente en el sonido de su voz. No juguéis, por favor, Raquel.

(Deja caer la labor y escucha.)

Me parece que se calma, ¿verdad, señor?

(EL CUAQUERO *hace un gesto afirmativo y continúa la lectura.)*

No os probéis ese collarcito, Raquel; esas cosas son vanidades del mundo, que nosotras no debemos ni tocar... ¿Pero quién os ha dado ese libro? Es una Biblia; ¿queréis decirme quién os la ha dado? Estoy segura de que ha sido ese señor que vive aquí hace tres meses.

RAQUEL.

Sí, mamá.

KITTY BELL.

¡Dios mío, lo que ha hecho! Hija mía, os he prohibido aceptar nada de nadie, y menos de ese pobre joven. ¿Y entonces, cuándo lo habéis visto, querida mía? Sé que esta mañana habéis ido con vuestro hermano a darle un beso. ¿Por qué habéis entrado en su cuarto, hijos míos? ¡Eso está muy mal hecho?

(Los besa.)

Estoy segura de que aun estaba escribiendo, pues su lámpara ardía desde ayer por la tarde.

RAQUEL.

Sí, y lloraba.

KITTY BELL.

¡Lloraba! ¡Vamos, a callar! No habléis de esto a nadie. Iréis a devolver este libro al señor Tom

cuando os llame; pero no le molestéis nunca, y no recibáis de él ningún regalo. Ya veis que desde hace tres meses que vive aquí yo no le he hablado ni siquiera una vez, y vosotros habéis aceptado de él un libro. Eso no está bien. Id... id a besar al buen cuáquero. Id, es el mejor amigo que Dios nos ha dado.

(Los niños corren a sentarse en las rodillas del cuáquero.)

EL CUAQUERO.

Sentaos en mis rodillas los dos, y escuchadme bien: Vais a decir a vuestra madrecita que su corazón es sencillo, puro y verdaderamente cristiano; pero que es más niña que vosotros en su conducta, que no ha reflexionado bastante en lo que acaba de mandaros y que yo le ruego que considere que devolver a un desgraciado el regalo que hizo es humillarlo y hacerle medir toda su miseria.

KITTY BELL. *(Salta de su asiento.)*

¡Oh! ¡Tiene razón! ¡Mil veces razón! Dadme, dadme ese libro, Raquel. Tienes que guardarlo, hija mía; guardarlo toda tu vida. Tu madre se ha equivocado. Nuestro amigo siempre tiene razón.

EL CUAQUERO. *(Besándole la mano conmovido.)*

¡Ah, Kitty Bell, Kitty Bell! ¡Alma sencilla y atormentada! No digáis eso de mí. No hay infa-

libilidad humana. Ya ves si tenía razón en el fondo, aunque haya errado en la forma. ¿Debía yo hacer saber a los niños la ligera falta de su madre? No hay, Kitty Bell, no hay pensamiento, por bello que sea, igual a uno de los ímpetus de tu ardoroso corazón, a uno de los suspiros de tu alma tierna y modesta.

(Se oye una voz de trueno.)

KITTY BELL. *(Asustada.)*

¡Oh, Dios mío! ¡Sigue encolerizado! ¡La voz de su padre me repercute aquí!

(Se lleva la mano al corazón.)

Ya estoy sin poder respirar. Esa voz me parte el corazón. ¿Qué le han hecho? Tendremos otro arrebato como ayer tarde...

(Se deja caer en un sillón.)

Necesito estar sentada. ¿No es algo así como una tormenta que se acerca? Y todas las tormentas caen sobre mi pobre corazón.

EL CUAQUERO.

¡Ah! Yo sé lo que se le sube a la cabeza a vuestro amo y señor: es una desavenencia con los obreros de su fábrica. Acaban de enviarle de Norton a Londres una comisión para implorar el perdón de uno de sus compañeros. Los pobres han hecho una legua a pie, completamente en vano. Retiraos

los tres... Aquí no hacéis nada. Ese hombre os matará...; es un buitre que destruye su nido.

(KITTY BELL *sale con la mano en el corazón, apoyándose en la cabeza de su hijo.* RAQUEL *los sigue.)*

ESCENA II

EL CUAQUERO, JOHN BELL, UN GRUPO DE OBREROS.

EL CUAQUERO. *(Viendo llegar a John Bell.)*

Aquí viene hecho una fiera... Este es el hombre rico, el especulador feliz; éste es el egoísta por excelencia, el justo según la ley.

JOHN BELL. *(Veinte obreros que lo siguen en silencio se paran junto a la puerta. Dirigiéndose a ellos con ira.)*

¡No, no, no, no! Trabajaréis más, eso es todo.

UN OBRERO. *(A sus camaradas.)*

Y ganaréis menos, eso es todo.

JOHN BELL.

Si supiera quién ha contestado eso, lo echaría inmediatamente como al otro.

El cuaquero.

¡Bien dicho, John Bell! Estás arrogante, tal como un monarca entre sus vasallos.

John Bell.

Como sois cuáquero, no os escucho; ¡pero si supiera cuál de éstos acaba de hablar! ¡Ah!... ¡Hombre sin fe el que ha dicho tales palabras! ¿No me habéis visto todos entre vosotros como uno de tantos? ¿Cómo he llegado al bienestar en que hoy me veo? ¿He comprado de una sola vez todas las casas de Norton y su fábrica? Si soy ahora único dueño de ellas, ¿no he dado acaso ejemplo de trabajo y de economía? ¿No es colocando los beneficios de cada día como he sustentado mi año? ¿Me he mostrado perezoso o pródigo en mi conducta? Obre así cada cuál, y llegará a ser tan rico como yo. Las máquinas disminuyen vuestro salario, pero aumentan el mío; lo siento mucho por vosotros, pero me alegro mucho por mí. Si las máquinas os perteneciesen, me parecería muy bien que os perteneciese la producción; pero yo compré los útiles con el dinero que mis brazos ganaron: haced lo mismo, sed laboriosos y, sobre todo, económicos. Acordaos bien de este sabio proverbio de nuestros padres: *Guardemos bien los céntimos; los chelines ellos mismos se guardan.* Y ahora, que no vuelvan a hablarme de Tobías; está expulsado para siempre. Retiraos sin decir nada, porque el primero que hable será expulsado, como él, de la

fábrica, y no tendrá ni pan, ni vivienda, ni trabajo en la población.

(Salen los obreros.)

EL CUAQUERO.

¡Animo, amigo mío! No he oído en el parlamento un razonamiento más sano que el tuyo.

JOHN BELL. *(Vuelve aún irritado y enjugándose el rostro.)*

Y vos, no os aprovechéis de ser cuáquero para perturbarlo todo dondequiera que estéis. Habláis rara vez, pero no deberíais hablar nunca. Soltáis en medio de los asuntos palabras que son como cuchilladas.

EL CUAQUERO.

No es más que sentido común, maestro John; sólo que cuando los hombres están locos les hace daño en la cabeza. Pero no tengo remordimiento ninguno; la impresión de una palabra verdadera no dura más que el tiempo de decirla; es cosa de un instante.

JOHN BELL.

No opino de la misma manera: ya sabéis que a mí me agrada mucho discutir con vos de política; pero vos lo medís todo a vuestra conveniencia, y hacéis mal. La secta de vuestros cuáqueros es ya una excepción en la cristiandad, y vos mismo

sois una excepción entre los cuáqueros. Habéis repartido todos vuestros bienes entre vuestros sobrinos; ahora no poseéis más que una mezquina renta, y termináis vuestra vida en la inmovilidad y la meditación. Eso os conviene, lo admito. Pero lo que no puedo admitir es que vengáis a mi casa a autorizar públicamente la insolencia de mis inferiores.

El cuaquero.

¡Bah! ¿Qué te importa su insolencia, di? El balido de los carneros, ¿te ha impedido alguna vez esquilarlos y comértelos? ¿Hay entre esos hombres uno sólo cuya cama no puedas vender? ¿Hay en la villa de Norton una sola familia que no mande sus chiquillos a toser y extenuarse trabajando tus lanas? ¿Qué casa no te pertenece y cuál no tienes arrendada a un precio exagerado? ¿Qué minuto de su existencia no te entregan? ¿Qué gota de sudor no te produce un chelín? La tierra de Norton, con sus casas y sus familias, está en tu mano como el globo en la mano de Carlomagno. Eres el barón absoluto de tu fábrica feudal.

John Bell.

Es verdad, pero es justo. La tierra es mía, porque la he comprado; las casas, porque las he construído; los habitantes, porque los albergo; y su trabajo, porque lo pago. Soy justo según la ley.

EL CUAQUERO.

¿Y tu ley es justa según Dios?

JOHN BELL.

Si no fueseis cuáquero, seríais ahorcado por hablar así.

EL CUAQUERO.

Me ahorcaría yo mismo antes que hablar de otro modo, pues siento por ti una amistad verdadera.

JOHN BELL.

Si no fuera cierto, doctor, que hace veinte años que sois amigo mío, y que habéis salvado a uno de mis hijos, no os volvería a ver.

EL CUAQUERO.

Peor que peor, pues yo no podría salvarte a ti cuando estás más cegado por la locura envidiosa de los especuladores que los niños por la debilidad de los pocos años. Deseo que no eches a ese desgraciado obrero. No te lo pido, porque nunca he pedido nada a nadie, pero te lo aconsejo.

JOHN BELL.

Lo hecho, hecho. ¡Que no obren todos como yo! Trabaje y sirva todo en su familia. ¿No hago yo trabajar a mi mujer? Jamás se la ve, pero ella está aquí todo el día; y aunque permanece siem-

pre con los ojos bajos, los usa para trabajar mucho. A despecho de los talleres y de las fábricas que poseo en los alrededores de Londres, quiero que continúe dirigiendo desde un rincón de sus habitaciones esta casa de recreo, donde entran los lores al volver del parlamento, de la caza o del Hyde-Park. Esto me proporciona buenas relaciones, que utilizo más tarde. Tobías era un obrero hábil, pero imprevisor. El verdadero calculador no deja subsistir junto a sí nada inútil. Todo tiene que producir, las cosas animadas y las inanimadas. La tierra es fecunda, el dinero es también fértil, y el tiempo produce dinero. Admitido esto, las mujeres tienen años como nosotros; luego es perder una buena renta dejar pasar ese tiempo sin emplearlo. Tobías ha dejado a su esposa y a su hija en la holganza; es una gran desgracia para él, no soy responsable.

EL CUAQUERO.

Se ha roto un brazo con una de tus máquinas.

JOHN BELL.

Sí, y rompió la máquina también.

EL CUAQUERO.

Y yo estoy seguro de que en tu interior sientes más el resorte de hierro que el resorte de carne y hueso; vaya, tu corazón es de acero como tus

máquinas. La sociedad llegará a ser lo que tu corazón; tendrá por dios un lingote de oro y por soberano pontífice un usurero judío. Pero tú no tienes la culpa; obras muy bien conforme a lo que encontraste a tu alrededor cuando viniste al mundo: no te guardo rencor; has sido consecuente, rara cualidad. Pero ya que no quieres dejarme hablar, déjame leer.

(Vuelve a coger el libro.)

JOHN BELL. *(Abriendo violentamente la habitación de su mujer.)*

¡Mistress Bell! Venid aquí.

ESCENA III

LOS MISMOS, KITTY BELL.

KITTY BELL. *(Asustada, trae de la mano a sus hijos. Estos, por temor al padre, se ocultan tras la falda de su madre.)*

Aquí me tienes.

JOHN BELL.

¿Quieres darme las cuentas del día de ayer? Ese joven que vive ahí arriba, ¿no se llama más que Tom? ¿O Tomás?... Espero que saldrá pronto.

KITTY BELL. *(Coge un registro que está sobre una mesa y se lo da.)*

No inscribió otro nombre en nuestros registros al alquilar ese cuartito. Estas son las cuentas del día, con las de los últimos meses.

JOHN BELL. *(Las repasa en el registro.)*

¡Catalina! Ya no sois tan exacta.

(Se interrumpe y la mira cara a cara, con aire de desconfianza.)

¿Vela toda la noche ese Tom? Es muy extraño. Tiene un aspecto misérrimo.

(Volviendo al registro, que recorre con la vista.)

Ya no sois tan exacta.

KITTY BELL.

¡Dios mío! ¿Qué razón hay para decirme eso?

JOHN BELL.

¿No lo sospecháis, mistress Bell?

KITTY BELL.

¿Será porque las cifras están mal colocadas?

JOHN BELL.

La más sincera pone disimulo en todo. ¿No podéis responder sin rodeos y mirar cara a cara?

KITTY BELL.

Pero, en fin, ¿qué encontráis ahí que os incomoda?

JOHN BELL.

Lo que me incomoda es lo que no encuentro, y extraña su ausencia...

KITTY BELL.

Pues no tenéis más que mirar; yo no sé bien.

JOHN BELL.

Aquí faltan cinco o seis guineas; al primer vistazo, estoy seguro.

KITTY BELL.

¿Queréis explicarme cómo?

JOHN BELL. *(Agarrándola por un brazo.)*

Haced el favor de entrar en vuestro cuarto; estaréis menos distraídos. Los niños no hacen nada; no me gusta eso. Mi casa ya no está tan bien arreglada. Raquel está demasiado escotada; no me gustan nada estas cosas...

(RAQUEL *corre a refugiarse entre las piernas del cuáquero.* JOHN BELL *prosigue dirigiéndose a* KITTY BELL, *que acaba de entrar en la alcoba.)*

Voy, voy; volved a contar esta columna y multiplicad por siete.

(Entra en la alcoba detrás de KITTY BELL.)

ESCENA IV

EL CUAQUERO, RAQUEL.

RAQUEL.

¡Tengo miedo!

EL CUAQUERO.

De terror en terror, pasarás tu vida de esclava. Miedo de tu padre, miedo de tu marido un día, hasta el rescate.

(En este momento, CHATTERTON *sale de su cuarto y baja lentamente la escalera. Se para y contempla al viejo y a la niña.)*

Juega, hermosa niña, hasta que seas mujer; olvida hasta entonces, y después, si puedes, sigue olvidando. Juega siempre y no reflexiones nunca. Ven a mis rodillas. ¡Aquí! ¡Lloras! Reclinas la cabeza en mi pecho. Mira, mira; tu amigo baja.

ESCENA V

EL CUAQUERO, RAQUEL, CHATTERTON.

CHATTERTON. *(Después de besar a Raquel, que corre hacia él, da la mano al cuáquero.)*

Buenos días, mi severo amigo.

EL CUAQUERO.

Ni bastante como amigo, ni bastante como médico. Tu alma te roe el cuerpo. Tienes las manos ardiendo, y estás palido. ¿Cuánto tiempo esperas a vivir de ese modo?

CHATTERTON.

El menos posible. ¿Mistress Bell no está aquí?

EL CUAQUERO.

¿Luego tu vida no es útil a nadie?

CHATTERTON.

Al contrario, mi vida está de más para todo el mundo.

EL CUAQUERO.

¿Crees firmemente lo que dices?

CHATTERTON.

Tan firmemente como vos en la caridad cristiana.

(Sonríe con amargura.)

EL CUAQUERO.

¿Qué edad tienes entonces? Tu corazón es puro y joven como el de Raquel, y tu espíritu, experimentado, viejo como el mío.

CHATTERTON.

Mañana cumpliré diez y ocho años.

EL CUAQUERO.

¡Pobre niño!

CHATTERTON.

¿Pobre? Sí. ¿Niño? No... ¡He vivido mil años!

EL CUAQUERO.

No serían bastantes para saber la mitad de lo malos que son los hombres. Pero la ciencia universal es el infortunio.

CHATTERTON.

¡Entonces yo soy muy sabio!... Creí que mistress Bell estaba aquí. Acabo de escribir una carta que me ha costado un gran esfuerzo.

EL CUAQUERO.

Temo que seas demasiado bueno. Te he dicho con frecuencia que tengas cuidado con eso. Los hombres se dividen en dos clases: mártires y verdugos. Tú serás siempre mártir de todos, como la madre de esta niña.

CHATTERTON. *(En un arranque violento.)*

La bondad de un hombre no lo convierte en víctima más que hasta cuando él quiere, y el libertarse está en su mano.

EL CUAQUERO.

¿Qué quieres decir?

CHATTERTON. *(Besando a Raquel, dice con la voz más dulce.)*

¿Queremos meter miedo a esta niña? Y al alcance del oído de su madre.

EL CUAQUERO.

Su madre está aturdida por una voz menos suave que la tuya; no oiría. ¡Ya van tres veces que preguntas por ella!

CHATTERTON. *(Apoyándose en el sillón en que el cuáquero está sentado.)*

Siempre estáis regañándome; pero decidme tan sólo, ¿por qué no hemos de dejarnos llevar de la inclinación de nuestro carácter, pudiendo abandonar la partida cuando venga el cansancio? Por lo que a mí respecta, he resuelto no enmascararme y ser yo mismo hasta el fin, escuchar en todo a mi corazón, tanto en sus desahogos como en sus indignaciones, y resignarme a cumplir bien la ley. ¿A qué santo fingir rigor cuando uno es indulgente? Se vería una sonrisa de compasión bajo mi ficticia severidad, y no sabría encontrar un velo que no fuera transparente. Me traicionan por todos lados, los veo y me dejo engañar por desprecio a mí mismo, por no molestarme en to-

mar mi defensa. Envidio a algunos hombres el ver el placer que encuentran en triunfar de mí con groseras astucias; de lejos les veo urdir los hilos, y no me bajaría para romper ni uno, ¡tan indiferente ha llegado a serme la vida! Estoy, por otra parte, suficientemente vengado por su humillación, que me eleva a mis ojos, y me parece que la Providencia no puede dejar que las cosas continúen así por mucho tiempo. ¿No llevaba su fin creándome? ¿Tengo derecho a resistirme a ella para reformar la naturaleza? ¿Me toca a mí desmentir a Dios?

EL CUAQUERO.

En ti el continuo delirio ha matado a la acción.

CHATTERTON.

¡Bah! ¿Qué importa si una hora de ese delirio produce más obras que veinte días de actividad en los demás? ¿Quién puede juzgar entre ellos y yo? ¿No hay para el hombre más trabajo que el del cuerpo? ¿Y el trabajo mental no es digno de lástima? ¡Ah!, ¿la única ciencia del espíritu es la de los números? ¿Es Pitágoras el Dios del universo? ¿Debo yo decir a la ardiente inspiración: "No vengas, eres inútil?"

EL CUAQUERO.

Te ha marcado en la frente con su sello fatal. Yo no te censuro, hijo mío, pero te lloro.

CHATTERTON. *(Sentándose.)*

Buen cuáquero, ¿en vuestra sociedad fraternal y espiritualista se tiene piedad de aquellos a quienes atormenta la pasión del pensamiento? Creo que sí; os veo indulgente para conmigo, severo para con todo el mundo: eso me calma un poco.

(Raquel toma asiento en las rodillas de Chatterton.)

En verdad, desde hace tres meses soy casi feliz en esta casa: no saben mi nombre, no me hablan de mí, y preciosos niños vienen a sentarse en mis rodillas.

EL CUAQUERO.

Amigo, te aprecio por tu carácter serio. Serías digno de nuestras asambleas religiosas, donde no se ve la agitación de los papistas, adoradores de imágenes, donde no se oyen los cantos pueriles de los protestantes. Te quiero, porque adivino que todo el mundo te odia. Un alma contemplativa está a cargo de todos los bulliciosos haraganes que cubren la tierra: la imaginación y el recogimiento son dos enfermedades que nadie compadece. Tú, ni siquiera sabes los nombres de los enemigos secretos que vagan a tu alrededor; pero yo sé que te odian tanto más cuanto que no te conocen.

CHATTERTON. *(Con calor.)*

Y, sin embargo, ¿no tengo yo algún derecho al amor de mis hermanos, yo que trabajo por ellos

noche y día; yo que busco con tantas fatigas, en las ruinas nacionales, algunas flores de poesía de donde pueda extraer un perfume duradero; yo que acabo de añadir una perla más a la corona de Inglaterra; yo que me sumerjo en tantos mares y ríos para buscarla?

(En este momento, Raquel se aparta de Chatterton; se sienta en un taburete a los pies del cuáquero y empieza a mirar estampas.)

¡Si supieseis mis trabajos!... He hecho de mi cuarto la celda de un claustro; he bendecido y santificado mi vida y mi pensamiento; me he estropeado la vista y he apagado ante mis ojos las luces de nuestra edad; he hecho penetrarla mi corazón más sencillo; he aprendido sólo el habla infantil del tiempo viejo; he escrito como el rey Haroldo al duque Guillermo, en versos medio sajones y medio francos; y después, esa musa del siglo décimo, esa musa religiosa la he colocado en una urna como a una santa. La habrían roto si la hubieran creído hecha por mi mano; la han adorado como obra de un monje que no ha existido jamás, a quien yo he llamado Rowley.

EL CUAQUERO.

Sí, les gusta bastante revivir a los muertos y matar a los vivos.

CHATTERTON.

Sin embargo, se ha sabido que ese libro lo había hecho yo. Ya no podían destruirlo, lo han de-

jado vivir; pero no me ha dado más que un poco de fama. Y yo no puedo hacer nada que no sea escribir. He intentado amoldarme a todo sin conseguirlo. Me han hablado de trabajos exactos; los he abordado sin poderlos desempeñar. ¡Ojalá los hombres puedan perdonar a Dios el haberme creado así! ¿Es exceso de fuerza o nada más que vergonzosa debilidad? No lo sé; pero jamás he podido encauzar por canales estrechos y regulares los tumultuosos desbordamientos de mi espíritu, que siempre inundaba sus orillas, a pesar mío. Era incapaz de seguir las lentas operaciones de los cálculos cotidianos; renuncié el primero. Confesé a mi espíritu vencido por la cifra, y quise explotar mi cuerpo. ¡Ay, amigo mío! ¡Otro dolor! ¡Otra humillación! Este cuerpo, devorado desde la infancia por los ardores de las veladas, es demasiado débil para los rudos trabajos del mar o del ejército, demasiado débil para la industria menos cansada.

(Se levanta con una agitación involuntaria.)

Y además, aunque tuviese las fuerzas de Hércules, encontraría siempre entre mi obra y yo la fatal enemiga nacida conmigo, el hada malhechora encontrada sin duda en mi cuna: la Distracción, la Poesía. La Poesía, que se mete en todas partes, que me lo da y me lo quita todo, que encanta y destruye toda cosa para mí, que me ha salvado... ¡y que me ha perdido!

EL CUAQUERO.

Y ahora, ¿qué haces?

CHATTERTON.

¡Yo qué sé! Escribo. ¿Por qué? No lo sé... Porque es preciso.

(Cae sentado, sin escuchar la respuesta del cuáquero. Mira a Raquel y la llama junto a sí.)

EL CUAQUERO.

¡La enfermedad es incurable!

CHATTERTON.

¿La mía?

EL CUAQUERO.

No, la de la humanidad entera. Según tu corazón, tú consideras con indulgente lástima a los que te dicen: "Sé otro del que eres." Yo, según mi cabeza, los desprecio, porque quieren decir: "Quítate de nuestro sol; no hay sitio para ti." Los curará quien pueda. Espero poco de mí; pero, al menos, los perseguiré.

CHATTERTON. *(Dirigiéndose a Raquel, con quien ha estado hablando en voz baja durante la respuesta del cuáquero.)*

¿Y ya no tenéis la Biblia? ¿Dónde está vuestra mamá?

EL CUAQUERO. *(Levantándose.)*

¿Quieres salir conmigo?

CHATTERTON. *(A Raquel.)*

¿Qué habéis hecho de la Biblia, miss Raquel?

EL CUAQUERO.

¿No oyes regañar al amo? ¡Escucha!

JOHN BELL. *(Entre bastidores.)*

No quiero. Eso no puede ser así. No, señora, no.

EL CUAQUERO. *(A Chatterton, cogiendo el sombrero y el bastón.)*

Tienes los ojos encarnados; hay que tomar el aire. Ven; la fresca mañana te curará de tu noche ardiente.

CHATTERTON. *(Viendo venir a Kitty Bell.)*

Verdaderamente, esta mujer es muy desgraciada.

EL CUAQUERO.

Eso no le importa a nadie. Quisiera que no hubiera aquí persona alguna cuando ella saliera. Deja la llave de tu cuarto, déjala. La recogerá dentro de un instante. Hay cosas de orden íntimo

que es preciso pasar inadvertidas. Salgamos. Aquí está.

CHATTERTON.

¡Oh! ¡Cómo llora!... Tenéis razón... no podría ver esto... Salgamos.

ESCENA VI

KITTY BELL *entra llorando, seguida de* JOHN BELL.

KITTY BELL. *(Haciendo entrar a Raquel en la habitación de donde ella sale.)*

Id con vuestro hermano, Raquel, y dejadme aquí.

(A su marido.)

Os lo pido por lo que más queráis; no me exijáis que os diga por qué os falta ese poco dinero; seis guineas no son nada para vos. Fijaos bien, señor, en que hubiera podido ocultároslo diez veces alterando mis cuentas. Pero yo no diría una mentira ni para salvar a mis hijos, y he preferido pediros permiso para guardar silencio sobre eso, no pudiendo confesaros la verdad, ni mentir, sin cometer una mala acción.

JOHN BELL.

Desde que el pastor puso vuestra mano en la mía, no me habéis resistido de esa manera.

KITTY BELL.

Luego es preciso que el motivo sea sagrado.

JOHN BELL.

O culpable, señora.

KITTY BELL. *(Con indignación.)*

¡No lo creeréis!

JOHN BELL.

Quizás.

KITTY BELL.

¡Compadeceos de mí! Me matáis con estas escenas.

JOHN BELL.

¡Bah! Sois más fuerte de lo que pensáis.

KITTY BELL.

¡Ah! No contéis demasiado con mi fortaleza... ¡En nombre de nuestros pobres hijos!

JOHN BELL.

Donde veo un misterio, veo una falta.

KITTY BELL.

¿Y si no encontraseis más que una buena acción? ¡Qué disgusto para vos!

JOHN BELL.

Si es una buena acción, ¿por qué ocultaros?

KITTY BELL.

¿Por qué, John Bell? Porque como vuestro corazón se ha endurecido, no me hubierais dejado obrar según el mío. Y, sin embargo, quien da al pobre, presta al Señor.

JOHN BELL.

Mejor haríais en prestar con interés sobre buenas prendas.

KITTY BELL.

¡Dios os perdone vuestros sentimientos y vuestras palabras!

JOHN BELL. *(Andando a grandes pasos.)*

Desde hace algún tiempo leéis demasiado; no me gusta esta manía en una mujer... ¿Pretendéis ser una bachillera?

KITTY BELL.

¡Oh, amigo mío!, ¿llegaréis hasta decirme cosas tan duras porque, por vez primera, no os obedezco sin restricciones?... Yo no soy sino una mujer sencilla y débil; no sé nada más que mis deberes de cristiana.

JOHN BELL.

Saberlos para no cumplirlos es una profanación.

KITTY BELL.

Concededme solamente unas semanas de silencio sobre esas cuentas, y la primera palabra que salga de mi boca será el perdón que os pida por haber tardado en deciros la verdad. La segunda será el relato exacto de lo que he hecho.

JOHN BELL.

Deseo que no tengáis nada que disimular.

KITTY BELL.

¡Dios lo sabe! No hay en mi vida ni un minuto cuyo recuerdo pueda sonrojarme.

JOHN BELL.

Y, sin embargo, hasta aquí nada me habéis ocultado.

KITTY BELL.

Con frecuencia, el terror nos enseña a mentir.

JOHN BELL.

¿Sabéis, pues, inventar una mentira?

KITTY BELL.

Si lo supiera, ¿os pediría que no me interrogaseis? Sois un juez despiadado.

JOHN BELL.

¡Despiadado! Me daréis cuenta de ese dinero.

KITTY BELL.

Pues bien, concededme un plazo hasta mañana para eso.

JOHN BELL.

Sea. ¡Hasta mañana no os hablaré más de ello!

KITTY BELL. *(Besándole la mano.)*

¡Ah! Os reconozco. Sois bueno. Sedlo siempre.

JOHN BELL.

¡Está bien! ¡Está bien! Pensad en mañana.

(Sale.)

KITTY BELL. *(Sola.)*

¿Por qué cuando cogí la mano de mi marido me he reprochado el haberme quedado con ese libro? La conciencia no puede equivocarse.

(Se queda absorta.)

Lo devolveré.

(Sale despacio.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

EL CUAQUERO, CHATTERTON.

CHATTERTON. *(Entra rápidamente y como huyendo de algo.)*

¡Por fin llegamos al puerto!

EL CUAQUERO.

¿Te ha dado un ataque de locura, amigo mío?

CHATTERTON.

Sé muy bien lo que hago.

EL CUAQUERO.

Pero ¿por qué volver así, tan precipitadamente?

CHATTERTON. *(Agitado.)*

¿Creéis que me habrá visto?

EL CUAQUERO.

No ha apartado el caballo, y no le vi volver la cabeza ni una sola vez. Sus dos grooms lo siguen a trote largo. Pero ¿por qué evitar a ese joven?

CHATTERTON.

¿Estás seguro de que no me ha reconocido?

EL CUAQUERO.

Si el juramento no fuera una costumbre impía, podría jurarlo.

CHATTERTON.

Respiro. Es que ya sabéis que es uno de mis amigos. Es lord Talbot.

EL CUAQUERO.

Bueno, ¿y qué? Un amigo no es mucho peor que otro hombre.

CHATTERTON. *(Andando a grandes pasos, malhumorado.)*

Nada peor podía sucederme que verlo. Mi asilo hubiera sido violado; mi paz, turbada; mi nombre, conocido aquí.

EL CUAQUERO.

¡Qué enorme desgracia!

CHATTERTON.

¿Sabéis vos mi nombre para juzgar de su importancia?

EL CUAQUERO.

Es bien pueril tu temor. No eres más que huraño, y te tomarán por criminal si continúas.

CHATTERTON.

¡Dios mío! ¿Por qué habré salido con vos? Estoy seguro de que me ha visto.

EL CUAQUERO.

A menudo lo he visto entrar aquí después de sus cacerías.

CHATTERTON.

¿A él?

EL CUAQUERO.

Sí, a él, con otros jóvenes lores, amigos suyos.

CHATTERTON.

Está escrito que no podrá descansar mi cabeza en ninguna parte. ¡Siempre amigos!

EL CUAQUERO.

Es preciso ser muy desgraciado para llegar a decir eso.

CHATTERTON. *(Malhumorado.)*

Nunca habéis andado tan despacio como hoy.

EL CUAQUERO.

Echame la culpa de tu desesperación. Pobre niño, nada ha podido distraerte en este paseo. La naturaleza está muerta ante tus ojos.

CHATTERTON.

¿Creéis que mistress Bell sea muy piadosa? Me parece haberle visto una Biblia en la mano.

EL CUAQUERO. *(Bruscamente.)*

Yo no. Es una mujer que cumple sus deberes y que teme a Dios. Pero no he visto que tuviera ningún libro en la mano.

(Aparte.)

¡En qué va a meterse! ¿En qué cosa pensar? Prefiero que se ahogue a que se coja a esa rama...

(Alto.)

Es una mujer muy fría, que no se conmueve más que por sus niños cuando están enfermos. La conozco desde que nació.

CHATTERTON.

Apostaría cien libras esterlinas a que este encuentro con lord Talbot me traerá alguna desgracia.

EL CUAQUERO.

¿Cómo sería posible?

CHATTERTON.

Yo no sé cómo sucederá, pero ya veréis cómo sucede. Si esa mujer amase a un hombre, él haría mejor en saltarse la tapa de los sesos que en seducirla. ¿Sería horrible, verdad?

EL CUAQUERO.

¿No tendrás nunca una idea que no mire a la desesperación?

CHATTERTON.

Siento a mi alrededor una desgracia inevitable. Estoy acostumbrado a la idea. Yo no me resisto. Lo veréis; es un espectáculo curioso. Descansaba aquí, pero mi enemiga no me dejará.

EL CUAQUERO.

¿Qué enemiga?

CHATTERTON.

Llamadla como queráis: la Fortuna, el Destino, ¡yo qué sé!

EL CUAQUERO.

Vas apartándote de la religión.

CHATTERTON. *(Va hacia él y le coge la mano.)*

¿Tenéis miedo de que siembre el mal aquí? No temáis nada. Soy inofensivo como los niños. Doctor, ¿habéis visto alguna vez pestíferos o leprosos? Vuestro primer deseo era apartarlos de la vivienda de los hombres. Apartadme, rechazadme o dejadme solo; me separaré yo mismo antes de contagiar a nadie mi infortunio.

(Gritos y latigazos de una partida de caza que termina.)

¡Mirad, así es como dan con la pista del solitario jabalí!

ESCENA II

CHATTERTON, EL CUAQUERO, JOHN BELL, KITTY BELL.

JOHN BELL. *(A su mujer.)*

Habéis hecho mal, Kitty, en no decirme que era un personaje importante.

(Entra un criado con un servicio de te.)

KITTY BELL.

¿Lo es? De veras no lo sabía.

JOHN BELL.

Muy importante. Lord Talbot me ha mandado a decir que era amigo suyo y hombre de gran distinción, que no quiere darse a conocer.

KITTY BELL.

¡Ay! ¿Entonces no es desgraciado? ¡Cuánto me alegro! Pero no le hablaré; me voy.

JOHN BELL.

Quedaos, quedaos. Invitadlo a tomar el te con el doctor, en familia; eso agradará a lord Talbot.

(Va a sentarse a la derecha, cerca de la mesita de te.)

EL CUAQUERO. *(A Chatterton, que hace ademán de retirarse a su cuarto.)*

No, no; no te vayas: hablan de ti.

KITTY BELL. *(Al cuáquero.)*

Amigo mío, ¿me hacéis el favor de preguntarle si quiere desayunar con mi marido y con mis hijos?

EL CUAQUERO.

Hacéis mal en invitarlo; no puede sufrir las invitaciones.

KITTY BELL.

Pero es que mi marido lo quiere.

EL CUAQUERO.

Su voluntad es soberana.

(A Chatterton.)

La señora invita a su huésped a desayunar y desea que tome el te en familia esta mañana.

(Bajo.)

No debéis aceptar; da este paso obligada por su marido, y no por su gusto.

JOHN BELL. *(Sentado, leyendo el periódico, se dirige a Kitty.)*

¿Lo han invitado?

KITTY BELL.

El doctor le está hablando de eso.

CHATTERTON. *(Al cuáquero.)*

Tengo que retirarme a mi cuarto.

EL CUÁQUERO. *(A Kitty.)*

Tiene que retirarse a su cuarto.

JOHN BELL.

Eso es orgullo: cree honrarnos demasiado.

(Vuelve la espalda y reanuda la lectura.)

CHATTERTON. *(Al cuáquero.)*

Yo no hubiera aceptado; me invitaban por compasión.

(Anda hacia su cuarto, el cuáquero lo sigue y lo

detiene. En este momento, un criado trae a los niños y los sienta a la mesa. El cuáquero se coloca al fondo; Kitty Bell, a la derecha; John Bell, a la izquierda, de espaldas al cuarto; los niños, al lado de su madre.)

ESCENA III

LOS MISMOS, LORD TALBOT, LORD LAUDERDALE, LORD KINGSTON *y* TRES LORES *en traje de caza.*

LORD TALBOT. *(Algo embriagado.)*

¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Camarada, amigo mío! ¿Qué diablos haces aquí? ¿Nos has abandonado? ¿Ya no quieres nada con nosotros? Entonces, ¿hemos terminado? Como ahora eres ilustre, nos desdeñas. Yo no he aprendido nada bueno en Oxford, como no sea a boxear, conforme; pero eso no me impide ser amigo tuyo. Señores, aquí tenéis a mi buen amigo...

CHATTERTON. *(Tratando de interrumpirlo.)*

Milord...

LORD TALBOT.

Amigo Chatterton.

CHATTERTON. *(Serio, estrechándole la mano.)*

¡Jorge, Jorge! ¡Siempre indiscreto!

LORD TALBOT.

¿Es que eso te molesta? Al autor de los poemas que tanto ruido meten, aquí lo tenéis. Señores, yo he ido con él a la Universidad. A fe mía que nunca hubiera sospechado tal talento. ¡Ah, hipócrita, cómo me has engañado! Querido, aquí tienes a lord Lauderdale y a lord Kingston, que saben de memoria tu poema de *Haroldo*. ¡Ah! Si quieres cenar con nosotros, quedarás contento de ellos, por mi honor. Dicen los versos como Garrick (1). La caza del zorro no te divierte; si no fuera por eso, te hubiera prestado *Rebeca*, que tu padre me ha vendido. Ya sabes que venimos todos a cenar aquí después de la caza. De modo que hasta esta noche. ¡Voto a Dios! Nos divertiremos. ¡Pero estás de luto! ¡Ah, demonio!

CHATTERTON. *(Con tristeza.)*

Sí, por mi padre.

LORD TALBOT.

¡Ah, era muy viejo también! ¿Qué quieres? Ahora heredarás.

CHATTERTON. *(Con amargura.)*

Sí. Todo lo que le quedaba.

(1) Célebre actor inglés, contemporáneo de Chatterton, reputado como uno de los mejores intérpretes de Shakespeare.

LORD TALBOT.

A fe mía, si te gastas el dinero tan noblemente como en Oxford, ganarás honra; entonces ya eras muy huraño. Pues bien: yo ahora me estoy volviendo como tú, de verdad. Tengo *spleen;* pero no me dura más que una hora o dos. ¡Ah! Mistress Bell, sois una puritana. Chocadla; hoy no me habéis dado la mano. Digo que sois una puritana; si no fuera por eso, os recomendaría a mi amigo.

JOHN BELL.

Vamos, responded a milord, Kitty. Milord, vuestra señoría sabe lo tímida que es.

(A Kitty.)

Mostraos afable para con su amigo.

KITTY BELL.

Vuestra señoría no debe dudar del interés que mi marido se toma por las personas que se dignan hospedarse en su casa.

JOHN BELL.

Es muy arisca, milord; ¿queréis creer que no le ha dirigido la palabra ni una sola vez? Ni una sola vez en los tres meses que lleva aquí.

LORD TALBOT.

¡Oh, señor John Bell, es una timidez que es necesario corregirle! No está bien. Vamos, Chatterton, ¡qué diablo! Corrígela tú también, corrígela.

EL CUAQUERO. *(Sin levantarse.)*

Joven, desde hace cinco minutos que estás aquí no has dicho una palabra que no esté de sobra.

LORD TALBOT.

¿Qué es eso? ¿Quién es ese animal salvaje?

JOHN BELL.

Perdón, milord, es un cuáquero.

(Risas alegres.)

LORD TALBOT.

Es verdad. ¡Oh, qué dicha! ¡Un cuáquero!

(Mirándolo con impertinencia.)

Amigos míos, es una caza que aun no habíamos levantado.

(Carcajadas de los lores.)

CHATTERTON. *(Se acerca rápido a Talbot. A media voz.)*

Jorge, todo esto es muy ligero; mi carácter no es para eso... Tú lo sabes, ¡acuérdate de Primerose Hill!... Tendré que hablarte cuando vuelvas de la caza.

LORD TALBOT. *(Consternado.)*

¡Ah! Si aun quieres jugar con la pistola... como quieras. Pero yo creía haberte agradado. ¿Te he

afligido? Hemos bebido un poco seco esta mañana, ¿sabes? ¿Qué es lo que he dicho yo? He querido ponerte a bien con todos ellos. Tú vienes aquí por la mujercita, ¿eh? Ya lo he notado.

CHATTERTON.

¡Cielos! Milord, ni una palabra más.

LORD TALBOT.

Vamos, está de mal humor esta mañana. No le deis te verde, mistress Bell; me mataría esta tarde, en serio.

KITTY BELL. *(Aparte.)*

¡Dios mío!, ¡con qué descaro me habla!

LORD LAUDERDALE. *(Se acerca a estrechar la mano a Chatterton.)*

Contentísimo de conoceros, ¡pardiez! Vuestros versos me han divertido mucho.

CHATTERTON.

¿Divertido, milord?

LORD LAUDERDALE.

Ciertamente, y estoy encantado de veros instalado aquí; habéis sido más listo que Talbot; me haréis ganar la apuesta.

LORD KINGSTON.

Sí, sí; aunque desperdigue sus guineas en casa del marido, no conseguirá a Catalina... ¿cómo?... Kitty...

CHATTERTON.

Sí, milord; Kitty es el diminutivo.

KITTY BELL.

¡Aún! Esos jóvenes me señalan con el dedo, ¡y delante de él!

LORD KINGSTON.

Creo que hubiera tenido cierta debilidad por él; pero vos lo habéis suplantado, ¡pardiez! Por lo demás, Jorge es un buen muchacho, y no os guardaría rencor. Me parece que no os encontráis bien.

CHATTERTON.

Sobre todo en este momento, milord.

LORD TALBOT.

Basta, señores, basta; no os propaséis.

(Dos grooms entran a la vez.)

UN GROOM.

Los caballos del milord están preparados.

LORD TALBOT. *(Dando a John Bell golpecitos en el hombro.)*

Mi buen John Bell: no hay vinos de Francia y de España tan buenos como los de la casa de vuestra devota mujercita. Deseamos beberlos a la vuelta, y tenedme por torpe si no os traigo diez zorros para hacerle pieles. Andad, venid a vernos salir. Pasad, Lauderdale, pasad. Hasta esta tarde, todos, si *Rebeca* no me esnuca.

JOHN BELL.

Señor Chatterton, he tenido sumo gusto en conoceros.

(Le aprieta la mano.)

Toda mi casa es vuestra.

(A Kitty, que iba a marcharse.)

Vamos, Catalina, charlad un poco con este joven. Es preciso alquilarle un aposento mejor y más caro.

KITTY BELL.

Mis niños me esperan.

JOHN BELL.

Quedaos, quedaos; sed cortés; lo quiero en absoluto.

CHATTERTON. *(Al cuáquero.)*

Salgamos de aquí. Ver su último retiro invadido, su único descanso turbado, su dulce obscuridad

traicionada; ¡ver penetrar en su noche tan groseras claridades! ¡Oh, suplicio! Vámonos de aquí. ¿No os lo había dicho?

JOHN BELL.

Os necesito, doctor; dejad al señor con mi mujer; os reclamo sin réplica; tengo que hablaros. Ya os reconciliaré con su señoría.

EL CUAQUERO.

Yo no me muevo de aquí.

(Salen todos. El cuáquero permanece sentado en el centro de la escena. Kitty y Chatterton, algo cortados, quedan de pie, con los ojos bajos.)

ESCENA IV

CHATTERTON, EL CUAQUERO, KITTY BELL.

EL CUAQUERO. *(A Kitty Bell.)*

(Coge a Chatterton la mano izquierda y le pone la suya sobre el pecho.)

Los corazones jóvenes, sencillos y primitivos no saben aún ahogar las vivas indignaciones que produce el trato de los hombres. Hijo mío, pobre hijo mío: la soledad llega a ser una aflicción peligrosa. Viviendo de continuo en esa atmósfera no se

puede soportar el menor hálito extraño. La vida es una tempestad, amigo mío; es preciso acostumbrarse a resistir la marejada. ¿No es una lástima, mistress Bell, que a sus años tenga que refugiarse en el puerto? Voy a dejaros hablar con él para que le regañéis.

KITTY BELL. *(Turbada.)*

No, amigo mío; no os vayáis, os lo ruego. John Bell se enfadaría al no encontraros aquí. Y, además, ¿no se tarda el señor en reunirse con sus amigos de la infancia? Me choca que no los haya seguido.

EL CUAQUERO.

El ruido te ha molestado muchísimo, ¿verdad, querida?

KITTY BELL.

¡Ah! ¡El ruido y sus intenciones! ¿El señor no está en sus secretos?

CHATTERTON. *(Aparte.)*

¡Los ha oído! ¡Está afligida! Ya no es la misma.

KITTY BELL. *(Al cuáquero, con emoción mal contenida.)*

Aun no he vivido bastante sola, amigo mío; bien lo siento.

EL CUAQUERO. *(A Kitty Bell.)*

No seas demasiado sensible a las locuras.

KITTY BELL.

Mirad qué libro he encontrado en manos de mi hija. Preguntad al señor si no le pertenece.

CHATTERTON.

En efecto, era mío, y tendría sumo gusto en que volviese a mis manos.

KITTY BELL. *(Aparte.)*

Parece tenerlo en mucha estima. ¡Dios mío! Ahora ya no me atreveré a devolvérselo ni a quedarme con él.

EL CUAQUERO. *(Aparte.)*

¡Ah! En buen apuro se ha puesto.

(Se mete la Biblia en el bolsillo, después de examinar la confusión de ambos. A Chatterton.)

Cállate, te lo pido; está a punto de llorar.

KITTY BELL. *(Rehaciéndose.)*

El señor tiene unos amigos muy alegres y, sin duda, también muy buenos.

EL CUAQUERO.

¡Ah! No se lo reprochemos; él no los busca.

KITTY BELL.

Bien sé que el señor Chatterton no los esperaba aquí.

CHATTERTON.

La presencia de un enemigo mortal no me hubiese hecho tanto daño; creedlo, señora.

KITTY BELL.

¡Tienen cara de conocer tan bien al señor Chatterton! ¡Y nosotros los conocíamos tan poco!

EL CUAQUERO. *(A media voz a Chatterton.)*

¡Ah, miserables! La han herido en el corazón.

CHATTERTON. *(Al cuáquero.)*

Y a mí, señor.

KITTY BELL.

El señor Chatterton sabe su conducta, como ellos saben sus proyectos. ¿Pero cómo ha interpretado su retiro aquí?

EL CUAQUERO. *(Levantándose.)*

¡Que el cielo confunda para siempre esa raza de langostas que se abate sobre los campos, y que se llama los hombres amables! ¡Cuánto mal en un momento!

CHATTERTON. *(Haciendo sentar al cuáquero.)*

¡En nombre de Dios! No salgáis sin que yo sepa por qué está enfadada conmigo. Eso me desazona.

KITTY BELL.

El señor Bell me ha encargado ofrecer al señor Chatterton un cuarto mejor.

CHATTERTON.

¡Ah! Ninguno tan bueno como el mío para mis proyectos.

KITTY BELL.

Pero cuando uno le habla de sus proyectos, puede inspirar, a la larga, más temor del interés que primero inspiraba, y yo...

CHATTERTON.

¿Y...?

KITTY BELL.

Me parece...

EL CUAQUERO.

¿Qué vas a decir?

KITTY BELL.

Que esos jóvenes lores tienen, en cierto modo, derecho a sospechar de que su amigo los haya abandonado para ocultar su nombre y su vida en una familia tan modesta como la nuestra.

EL CUAQUERO. *(A Chatterton.)*

Tranquilízate, amigo mío; quiere decir que al llegar no tenías aspecto de ser el rico camarada de esos opulentos lores.

CHATTERTON. *(Con gravedad.)*

Si me hubieran preguntado mi fortuna, mi nombre y la historia de mi vida, yo no hubiese entrado aquí... Si alguien me los preguntara hoy, me marcharía.

EL CUAQUERO.

Un silencio nacido del orgullo puede ser mal comprendido; ya lo ves.

CHATTERTON. *(Va a responder, después renuncia y exclama.)*

Una tortura más en un martirio, ¿qué importa?

KITTY BELL. *(Asustada.)*

¡Ay, Dios mío! ¿Por qué ha huído de esa manera? ¡Las primeras palabras que le dirijo le causan pena!... ¿Pero soy yo responsable también?... ¿Por qué ha venido aquí?... ¡No entiendo nada de esto! ¡Quiero saberlo!.. ¡Toda mi familia está trastornada por él y para él! ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué, en vez de traerlo, no lo habéis llevado a otro sitio? Yo nunca hubiera debido presentarme, y quisiera no haberlos visto jamás.

EL CUAQUERO. *(Con impaciencia y pena.)*

Sólo a mí debíais haber dicho eso. Yo no me ofendo ni me desespero. Pero a él, ¡qué error!

KITTY BELL.

Pero, amigo mío, ¿habéis oído a esos jóvenes? ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que tengan poder para perturbar así una vida que el mismo Salvador hubiera bendecido? Decid, vos que sois un hombre, vos que no sois de esos perversos desocupados, vos que sois serio y bueno, vos que creéis que hay un alma y un Dios, decidme, amigo mío: ¿cómo debe entonces vivir una mujer? ¿Dónde hay que ocultarse? Me callaba, bajaba los ojos, había extendido sobre mí la soledad como un velo, y ellos lo han desgarrado. Me creía ignorada, y era conocida como una de sus mujeres; respetada, y era objeto de una apuesta. ¿De qué han servi-

do, pues, mis dos hijos, siempre a mi lado como dos ángeles guardianes? ¿De qué me ha servido la severidad de mi aislamiento? ¿Qué mujer será respetada, ¡Dios santo!, si yo no he podido serlo, y si a la juventud le basta verla por la calle para apoderarse de su nombre y servirse de él como de una pelota que se tiran los unos a los otros?

(Se queda sin voz, llora.)

¡Ay, amigo mío, amigo mío! Haced que no vuelvan nunca a mi casa.

EL CUAQUERO.

¿Quiénes?

KITTY BELL.

¿Quiénes han de ser?... Ellos... Todo el mundo.

EL CUAQUERO.

¿Cómo?

KITTY BELL.

Y él tampoco... Sí, él.

EL CUAQUERO.

Pero, entonces, ¿quieres matarlo? Después de todo, ¿qué ha hecho?

KITTY BELL. *(Con agitación.)*

¡Dios mío! ¡Matarlo yo! Yo, que quisiera... ¡Oh, Señor, Dios mío, a quien ruego sin cesar, vos sa-

béis si he querido matarlo! Pero os estoy hablando y no sé si me escucháis. Os abro mi corazón, y no me decís si leéis en él. Y si vuestros ojos han leído, ¿cómo saber si no estáis descontento? ¡Ay, amigo mío!... tengo aquí algo que quisiera decir... ¡Si mi padre viviera aún!

(Coge la mano del cuáquero.)

Sí, hay momentos en que quisiera ser católica para poder confesarme. En fin, la confesión no es más que una confidencia, pero una confidencia divinizada... ¡que yo necesitaría ahora!

EL CUAQUERO.

Hija mía, si tu conciencia y la contemplación no te sostienen bastante, ¿por qué no vienes a mí?

KITTY BELL.

Pues bien, explicadme la turbación en que se pone ese hombre; las lágrimas que me arranca, a pesar mío, su vista; ¡sí, su sola vista!

EL CUAQUERO.

¡Oh, mujer!, ¡débil mujer! En nombre de Dios, disimula tu llanto, porque aquí llega.

KITTY BELL.

¡Jesús! Su rostro está desfigurado.

CHATTERTON. *(Entrando descubierto, como un loco, atraviesa la estancia hablando solo.)*

...Y al fin y al cabo, sus riquezas no son más suyas que este cuarto mío. El mundo no es más que una palabra. Uno puede perder o ganar el mundo bajo palabra en un cuarto de hora. Ninguno de nosotros posee más que sus seis pies, lo ha dicho el viejo Will. Os devolveré la habitación cuando queráis; deseo otra aún más pequeña. Sin embargo, quisiera antes esperar el resultado de cierta carta. Pero no hablemos más de ello.

(Se echa en un sillón.)

EL CUAQUERO. *(Se levanta, se acerca a él y le coge la cabeza. A media voz.)*

Cállate, amigo, cállate, no hables más. Calma, calma tu ardiente cabeza. Deja pasar en silencio tus arrebatos y no asustes a esa mujer, que nada tiene que ver contigo.

CHATTERTON. *(Se levanta de un salto al oír las últimas palabras del cuáquero, y dice con una ironía estremecedora.)*

No hay nadie ahora en la tierra que no tenga nada que ver conmigo. Delante del mundo tengo que saludar y callarme. Cuando hablo, es una audacia muy inapropiada, de la que tengo que pedir humildemente perdón... Yo no buscaba más que un poco de descanso en esta casa, el tiempo pre-

ciso para acabar de hilvanar algunas páginas que debo; poco más o menos, como un carpintero debe al ebanista algunas tablas penosamente cepilladas. Soy un fabricante de libros, nada más. No tengo necesidad de un taller mayor que el mío, y el señor Bell se ha conmovido demasiado de la amistad que lord Talbot me ha demostrado. A lord Talbot puede querérsele aquí, se comprende. Pero su amistad por mí no significa nada. Eso se basa en una antigua idea, que le quitaré con una palabra; en una antigua suma que yo borraré de su cabeza, y que mi padre se ha llevado en un pliegue de la mortaja; una suma, a fe mía, bastante considerable, y que me valía muchas reverencias y apretones de manos. Pero todo esto ha acabado; soy fabricante de libros. Adiós, señora; adiós, señor. ¡Ja! ¡ja! ¡Cómo pierdo el tiempo! ¡A trabajar, a trabajar!

(Sube a zancadas la escalera de su cuarto y se encierra en él.)

ESCENA V

EL CUAQUERO, KITTY BELL. *(Consternada.)*

EL CUAQUERO.

¡Estás aterrada, Kitty!

KITTY BELL.

Es verdad.

EL CUAQUERO.

Y yo también.

KITTY BELL.

¿Vos también? ¡Vos, tan fuerte; vos, que no os habéis conmovido por nada en mi presencia! ¡Dios mío! ¿Qué hay aquí que yo no puedo comprender? Ese hombre nos ha engañado a todos; ha entrado aquí como pobre, y es rico. ¿No le han hablado esos jóvenes como a su igual? ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Qué ha pretendido inspirando compasión? Sin embargo, lo que dice parece ser verdad, y él tiene aspecto de desgraciado.

EL CUAQUERO.

Sería bueno que ese joven muriese.

KITTY BELL.

¡Morir! ¿Por qué?

EL CUAQUERO.

Porque vale más la muerte que la locura.

KITTY BELL.

¿Y creéis?... ¡Ah! Mi corazón desfallece.

(Cae en un sillón.)

EL CUAQUERO.

Que la razón más fuerte no soportaría lo que él sufre. Debo decirte todo lo que pienso, Kitty Bell. No hay en el cielo un ángel más puro que tú. La Virgen madre no echa sobre su hijo una mirada más casta que la tuya. Y, sin embargo, tú has hecho, sin quererlo, mucho mal a tu alrededor.

KITTY BELL.

¡Cielos! ¿Es posible?

EL CUAQUERO.

Escucha, escucha, por favor. Cómo el mal sale del bien, y el desorden del orden mismo, eso es lo que no te puedes explicar, ¿verdad? Pus bien: es necesario que sepas, querida mía, que ha bastado para ello una mirada tuya, inspirada por la más bella virtud que tiene asiento a la diestra del Señor, la piedad. Ese joven, cuyo espíritu ha madurado demasiado de prisa, con los ardores de la poesía, como en una estufa ardiendo, ha conservado el corazón sencillo del niño. No tiene familia, y, sin confesarlo, busca una; se ha acostumbrado a verte vivir junto a él, y quizá está habituado a inspirarse en tu vista y en tu gracia maternal. La paz que reina en torno tuyo ha sido tan peligrosa para ese espíritu tan soñador, como el sueño bajo la blanca tuberosa; no tienes tú la culpa si, rechazado en todas partes, se ha creído

feliz con una acogida benévola; pero, en fin, esta existencia de simpatía silenciosa y profunda ha llegado a ser la suya. ¿Te crees con derecho para quitársela?

KITTY BELL.

¡Ay! ¿Creéis entonces que no nos ha engañado?

EL CUAQUERO.

Lovelace tenía más de diez y ocho años, Kitty. ¿Y no lees sobre la frente de Chatterton la timidez de la miseria? Yo la he sondeado; es profunda.

KITTY BELL.

¡Dios mío, qué daño ha debido de hacerle lo que dije antes!

EL CUAQUERO.

Lo creo, señora.

KITTY BELL.

¿Señora? ¡Ah! No os enfadéis. ¡Si supierais lo que he hecho y lo que iba a hacer!

EL CUAQUERO.

Quiero saberlo.

KITTY BELL.

He dado, a espaldas de mi marido, algunas cantidades a cuenta del señor Chatterton. No osaba

pedírselas, y aun no las he recibido. Mi marido lo ha notado. En este mismo momento iba, probablemente, a determinar hablar de ellas a este joven. ¡Cuánto os agradezco que me hayáis evitado esta mala acción! Sí, hubiera sido un crimen de seguro, ¿verdad?

EL CUAQUERO.

Orgulloso como sé que él es, hubiera cometido uno, seguramente, antes que dejar de satisfaceros. Amiga mía, cuidémosle. Tiene una enfermedad moral y casi incurable, y algunas veces contagiosa; terrible enfermedad, que se apodera, sobre todo, de las almas jóvenes, ardientes y poco avezadas a la vida, enamoradas de lo justo y de lo bello, que vienen al mundo para encontrar en él, a cada paso, todas las iniquidades y todas las fealdades de una sociedad mal arreglada. Esta enfermedad es el odio a la vida y el amor a la muerte: es el obstinado suicidio.

KITTY BELL.

¡Oh, que el Señor lo perdone! ¿Será verdad?

(Se tapa la cara para llorar.)

EL CUAQUERO.

Digo obstinado, porque es raro que esos desgraciados renuncien a su proyecto cuando lo han decidido.

KITTY BELL.

¿Ha llegado a eso? ¿Estáis seguro? ¡Decidme la verdad! ¡Decídmelo todo! ¡No quiero que se mate! ¿Qué ha hecho? ¿Qué quiere? ¡Un hombre tan joven!, ¡un alma del cielo!, ¡una bondad angelical!, ¡un candor infantil!, ¡un alma toda pureza, caer así en el crimen de los crímenes, que el mismo Jesucristo dudaría en perdonar! No; eso no sucederá; no se matará. ¿Qué le hace falta? ¿Dinero? Pues tendrá dinero. Hemos de encontrarlo en algún sitio para él. Mirad, mirad; aquí están las alhajas que nunca me he atrevido a llevar; tomadlas, vendedlas todas. ¡Matarse! ¡Aquí, delante de mí y de mis hijos! Vended, vended; diré lo que se me ocurra. Volveré a disimular; en fin, también yo cometeré un crimen: mentiré; eso es todo.

EL CUAQUERO.

Tus manos, tus manos, hija mía; deja que las adore.

(Le besa las dos manos juntas.)

Tus pecados son inocentes, y, para ocultar tu piadosa mentira, tus hermanas las santas extenderán sus velos; pero guarda tus joyas; ese hombre moriría veinte veces delante de un tesoro que él no hubiera ganado o heredado de su familia. Trataría inútilmente de luchar contra su falta única, vicio casi virtuoso, noble imperfección, pecado sublime: el orgullo de la pobreza.

KITTY BELL.

¿Pero no ha hablado de una carta que dice haber escrito a cierta persona de quien espera socorro?

EL CUAQUERO.

¡Ah! ¡Es verdad! Eso había escapado a mi perspicacia; pero tu corazón lo habrá oído. Sí; he ahí una tabla de salvación. Me agarraré a ella al hablar con él.

(Intenta marcharse.)

KITTY BELL.

Pero... ¿qué quería decir hablando de lord Talbot? "Puede querérsele aquí, se comprende."

EL CUAQUERO.

No te preocupes de esas palabras. Un espíritu absorto, como el suyo, en sus trabajos y en sus faenas es inaccesible a las pequeñeces de un despecho celoso, y más aún a las vanas fatuidades de esos aventureros. ¿Qué querría decir eso? Sería preciso suponer que ve a ese Talbot como ensayando seducciones contra Kitty Bell, y con éxito; suponer que Chatterton se cree en el derecho de mostrarse celoso; ¿suponer que el encanto de esta intimidad se hubiera convertido en una pasión?... Si eso fuera...

KITTY BELL.

¡Oh, no digáis más nada!... Dejadme huir.

(Echa a correr, tapándose los oídos; la voz del cuáquero la persigue.)

¡Si eso fuera, por mi fe, preferiría dejar que se matase!

ACTO TERCERO

El cuarto de Chatterton, sombrío, pequeño, pobre, sin fuego; una cama miserable y sin hacer.

ESCENA PRIMERA

CHATTERTON.

(Está sentado a los pies de la cama y escribe apoyándose en las rodillas.)

Es cierto que no me ama. Y yo... yo no quiero pensar más en ello. Tengo las manos heladas, la cabeza ardiendo. Heme aquí solo frente a mi trabajo. No se trata ya de sonreír y de ser bueno, de saludar y de estrechar manos. Esa comedia ha terminado; ahora comienzo otra conmigo mismo. Es preciso que en este momento mi voluntad sea lo bastante fuerte para apoderarse de mi alma y llevársela por turno al cadáver resucitado de los personajes que evoco y al fantasma de los que invento. O bien es necesario que delante del Chatterton enfermo, del Chatterton que tiene frío y hambre, mi voluntad ponga con prestancia otro Chatterton, lindamente adornado, para divertimiento del público, y que éste sea descrito por el otro: el trovador por el mendigo. He aquí las dos

poesías posibles; eso no pasa de ahí. Divertirlos o inspirarles lástima; hacer trabajar a miserables muñecos o serlo uno mismo y hacer tráfico con esta mojiganga. Abrir el corazón para exponerlo en un escaparate. ¡Si está herido, mejor! Vale más. ¡Por poco mutilado que esté, se vende más caro!

(Se levanta.)

¡Levántate, criatura de Dios, hecha a su imagen, y admírate todavía en este estado!

(Ríe y vuelve a sentarse. Un viejo reloj da la media; dos golpes.)

¡No, no! La hora te avisa; ¡siéntate y trabaja, desgraciado! Pierdes el tiempo reflexionando; no tienes que hacerte más que esta reflexión: eres un pobre. ¿Lo oyes bien? ¡Un pobre! Cada minuto de recogimiento es un robo que haces, es un minuto estéril. ¡Vaya, vaya! ¡Como si se tratase de las ideas, Dios santo! Lo que produce es la palabra. Hay palabras que pueden llegar a valer hasta un chelín; el pensamiento no tiene curso en el mercado. ¡Oh, vete, vete, te lo suplico, alado desaliento! ¡Desprecio de mí mismo, no vengas a acabar de perderme! ¡Vuélvete, vuélvete, pues que ahora mi nombre y mi casa son conocidos, y si mañana no he terminado este libro, estoy perdido, sí, perdido, sin esperanza! ¡Detenido, juzgado, condenado! ¡Metido en la cárcel! ¡Oh, degradación! ¡Oh, vergonzoso trabajo!

(Escribe.)

Es positivo que esa mujer no me querrá jamás. Bueno, ¿no podré cejar en esta idea?

(Largo silencio.)

Bien poco orgullo muestro en pensar todavía en ella. Pero ¿que me digan por qué habría yo de tener orgullo? ¿Orgullo de qué? No ocupo ningún puesto en ningún rango. Y, de seguro, lo que me sostiene es esta altivez natural, que me grita continuamente al oído que no me doblegue, que no me presente con aspecto miserable. ¿Y para quién hace uno de feliz cuando no lo es? Creo que para las mujeres. Todos fingimos delante de ellas. Las pobres criaturas te toman por un trono. ¡Oh, publicidad, vil publicidad! A ti, que no eres más que una picota donde el profano puede abofetearnos al pasar. En general, las mujeres aman al que no se humilla ante nadie. Pues bien: por el cielo, tienen razón. Al menos ésta, que me tiene al alcance de sus ojos, no me verá bajar la cabeza. ¡Oh, si me hubiese amado!

(Se abandona largo tiempo a sus pensamientos. Reaccionando violentamente.)

Pero, ¡escribe, desgraciado, evoca tu voluntad! ¿Por qué es tan débil? ¡No haber podido aún empujar ese espíritu rebelde, al que inútilmente excita! ¡He aquí otra humillación desconocida para mí! Hasta ahora la había visto siempre partir antes que su amo; necesitaba un freno, y esta noche es la espuela lo que necesita. ¡Ja, ja, el inmortal; ja, ja, el duro señor del cuerpo! ¿Acaso os

paralizaría, espíritu soberbio, la miserable niebla que penetra en una habitación destartalada? ¿Basta, orgulloso, un poco de pavor frío para vencerte?

(Se echa sobre los hombros la manta de su cama.)

¡Qué bruma tan espesa! Se la ve, a través de los cristales, extendida como una cortina blanca o como un sudario. Estaba colgada así de la ventana de mi padre la noche de su muerte.

(El reloj da tres cuartos.)

¡Otra vez! ¡El tiempo me urge! ¡Y no tengo nada escrito!

(Lee.)

"¡Haroldo! ¡Haroldo!... ¡Oh, Cristo! Haroldo... el duque Guillermo..."

¡Eh! ¿Qué me importa a mí el tal Haroldo? No puedo comprender cómo he escrito esto.

(Rompe el manuscrito mientras habla. Un ligero delirio lo sobrecoge.)

He pasado por católico; mentí. Si lo hubiese sido, sería ahora monje trapense. Un trapense tiene por cama un ataúd; pero, al fin y al cabo, duerme. Todos los hombres tienen una cama donde dormir; yo tengo una donde trabajo por dinero.

(Se lleva la mano a la cabeza.)

¿Adónde voy? ¿Adónde voy? La palabra arrastra la idea a pesar suyo... ¡Cielos! ¿No anda así la locura? Esto puede asustar al más valiente... ¡Vamos, cálmate! Estaba releyendo esto... ¡Sí!...

Aquel poema no está bastante bien... ¡Escrito demasiado de prisa! ¡Escrito para vivir! ¡Qué suplicio! ¡La batalla de Hastings!... ¡Los viejos Sajones!... ¡Los jóvenes Normandos! ¿Acaso me he interesado yo por esto? No. Y entonces, ¿por qué has hablado de ello? ¡Cuando tendría tanto que decir de lo que veo!

(Se levanta y pasea a grandes pasos.)

Reavivar frías cenizas, cuando todo vibra y sufre a mi alrededor; cuando la Virtud pide socorro y se muere a fuerza de llorar; cuando el pálido Trabajo es desdeñado; cuando la Esperanza ha perdido su ancla; la Fe, su cáliz; la Caridad, sus pobres niños; cuando la Ley es atea y está corrompida como una cortesana; cuando la Tierra grita y pide justicia al Poeta contra los que la cavan sin cesar para coger su oro y le dicen que puede valerse sin el Cielo. Y yo, que siento eso, ¿no le responderé? Sí, ¡vive Dios!, le responderé. Echaré a puntapiés a los malos y a los hipócritas. Descubriré a Jeremías Miles y a Warton. ¡Ah, miserable! Pero... ¡esto es la Sátira! Te vuelves malo.

(Llora largo tiempo con desolación.)

Es mejor que escribas en esa niebla que se ha pegado a tu ventana como a la de tu padre.

(Se para. Coge de la mesa una tabaquera.)

Este es mi padre. Aquí estáis. Viejo marino, buen capitán de navío, dormíais por la noche y durante el día os batíais. Vos no erais un paria

inteligente como ha llegado a ser vuestro pobre hijo. ¿Veis, veis este papel blanco? Si mañana no está lleno, iré a la cárcel, padre mío, y no tengo en la cabeza ni una palabra para ennegrecer este papel, porque estoy hambriento. He vendido, para comer, el diamante que estaba aquí, incrustado en esta caja, como una estrella sobre vuestra frente noble. Ahora ya no lo tengo, y sigo teniendo hambre. Además, como me habéis legado vuestro orgullo, padre mío, no lo confieso. Pero vos, que erais anciano y que sabíais que se necesita dinero para vivir, y que no teníais qué dejarme, ¿por qué me habéis engendrado?

(Tira la caja. Corre tras ella, se pone de rodillas y llora.)

¡Ah, perdón, perdón, padre mío! Padre mío encanecido. ¡Me habéis besado tantas veces en vuestras rodillas! ¡Yo me tengo la culpa! ¡Creí que era poeta! Yo me tengo la culpa; pero os aseguro que mi nombre no irá a la cárcel. Os lo juro, padre mío. ¡Mirad, mirad, aquí hay opio! Si no tengo demasiada hambre, no comeré; beberé.

(Se deshace en lágrimas sobre la tabaquera, donde está el retrato.)

Alguien sube penosamente la escalera de madera. Ocultemos este tesoro.

(Escondiendo el opio.)

¿Y por qué? ¿Acaso no soy libre? ¿Más libre

que nunca? Catón no escondió su espada. Sigue tal cual eres, Romano, y mira de frente.

(Coloca el opio en medio de la mesa.)

ESCENA II

CHATTERTON, EL CUAQUERO.

EL CUAQUERO. *(Echando los ojos al frasquito.)*

¡Ah!

CHATTERTON.

¿Qué hay?

EL CUAQUERO.

Conozco ese licor. Hay ahí lo menos sesenta granos de opio. Eso te produciría cierta exaltación, que primero te agradaría bastante como poeta, y luego un ligero delirio, y después dormirás pesadamente y sin soñar, te lo aseguro. Te has quedado mucho tiempo solo, Chatterton.

(El cuáquero deja el frasco sobre la mesa; Chatterton lo coge a hurtadillas.)

CHATTERTON.

Y si quiero, ¿no tengo derecho a quedarme solo para siempre?

EL CUAQUERO. *(Se sienta sobre la cama; Chatterton queda en pie, con la mirada fija y hosca.)*

Eso decían los paganos.

CHATTERTON.

Que me den una hora de felicidad y me volveré un excelente cristiano. Eso que... eso que teméis, los estoicos lo llamaban *salida razonable.*

EL CUAQUERO.

Es verdad; y hasta decían que las causas que nos atan a la vida no eran nada importantes. Se podía salir de ella por razones fútiles. Pero es preciso considerar, amigo mío, que la Fortuna cambia a menudo y tal vez mucho, y que, si puede hacer algo por alguien, es por un vivo.

CHATTERTON.

Pero tampoco puede nada contra un muerto. Yo digo que hace más daño que bien, y que no es malo evitarla.

EL CUAQUERO.

Tienes razón; sólo que eso demuestra poco valor. Ir a ocultarse bajo una losa, en un hoyo, por temor a ella, es cobardía.

CHATTERTON.

¿Conocéis muchos cobardes que se hayan matado?

EL CUAQUERO.

Aunque no fuese más que Nerón.

CHATTERTON.

Tampoco creo en su cobardía. Las naciones no quieren a los cobardes, y es el único nombre de emperador popular en Italia.

EL CUAQUERO.

Eso hace un elogio perfecto de la popularidad. Pero, además, no te contradigo. Haces bien en seguir tu proyecto, porque eso hará la felicidad de tus rivales. Se encontrarán bastantes impíos para divertir al público con graciosas bufonadas sobre el relato de tu muerte, y lo que ellos no hubieran podido nunca conseguir, se lo haces tú: te borras. Haces bien en dejarles la parte que te corresponde de ese hueso vacío de la gloria que todos roéis. Es muy generoso.

CHATTERTON.

Me dais más importancia de la que tengo. ¿Quién conoce mi nombre?

EL CUAQUERO. *(Aparte.)*

Aun vibra esta cuerda. Veamos qué saco de ella.

(A Chatterton.)

Se conoce tanto más cuanto que lo has querido ocultar.

CHATTERTON.

¿De verás? Me alegro mucho de saberlo. Pues bien, se pronunciará con más libertad después de mi muerte.

EL CUAQUERO. *(Aparte.)*

Por todos los caminos va a parar a la misma idea.

(Alto.)

Sin embargo, esta mañana me pareció que esperabas algo de una carta.

CHATTERTON.

Sí, había escrito al lord-alcalde, el señor Beckford, que trató a mi padre con bastante intimidad. Con frecuencia me habían ofrecido su protección, que yo siempre rechacé, porque no me gusta ser protegido. Contaba con las ideas para vivir. ¡Qué locura! Ayer se me fueron todas; no me ha quedado más que una: la de ensayar el protector.

EL CUAQUERO.

El señor Beckford pasa por uno de los hombres más honrados y más ilustrados de Londres. Hiciste bien. ¿Por qué renunciaste después?

CHATTERTON.

Me bastó con ver luego a un hombre.

EL CUAQUERO.

Prueba a ver un cuerdo después de un loco. ¿Qué te importa?

CHATTERTON.

¿Para qué ese retraso? Los hombres de imaginación están eternamente crucificados; el sarcasmo y la miseria son los clavos de su cruz. ¿Por qué queréis que otro penetre en mi carne: el remordimiento de haberse humillado inútilmente? Quiero *salir razonablemente*. Me veo forzado a ello.

EL CUAQUERO. *(Levantándose.)*

Que el señor me perdone lo que voy a hacer. ¡Escucha, Chatterton! Soy muy viejo, soy cristiano y de la secta más pura de la república universal de Cristo. He pasado toda mi vida con mis hermanos entre la meditación, la oración y la caridad. Voy a decirte, en nombre de Dios, una verdad, y, al decirla, voy a echar, para salvarte,

una mancha sobre mis cabellos blancos. ¡Chatterton, Chatterton!, puedes perder tu alma, pero no tienes derecho a perder dos. Hay una que se ha unido a la tuya, y que tu infortunio acaba de atraer como dicen los escoceses que la paja atrae al deslumbrador diamante. Si tú te vas, ella se irá también; y así, como tú, sin estar en gracia e indigna de presentarse delante de Dios por toda la eternidad. ¡Chatterton, Chatterton! Tú puedes dudar de la eternidad, pero ella no duda; tú serás juzgado según tus desdichas y tu desesperación, y puedes esperar misericordia; pero ella no, que era feliz y muy cristiana. Chatterton, te pido gracia para ella, de rodillas, porque ella es para mí en este mundo como mi propia hija.

CHATTERTON.

¡Señor, amigo mío, padre mío! ¿Qué queréis decir...? ¿Acaso...? ¡Levantaos... me avergonzáis...! ¿Será que...?

EL CUAQUERO.

¡Favor! Si tú mueres, ella morirá también...

CHATTERTON.

¿Pero quién?

EL CUAQUERO.

Porque es débil de cuerpo y alma, fuerte de corazón solamente.

CHATTERTON.

¡Nombradla! ¿Me hubiera atrevido a creer...?

EL CUAQUERO. *(Levantándose.)*

Si alguna vez le dices este secreto, ¡desgraciado!, eres un traidor, y no tendrás necesidad de suicidio: te mataré yo.

CHATTERTON.

¿Entonces...?

EL CUAQUERO.

Sí, la mujer de un viejo amigo, de tu huésped... La madre de los bellos niños.

CHATTERTON.

¡Kitty Bell!

EL CUAQUERO.

Te ama. ¿Persistes en matarte?

CHATTERTON. *(Cayendo en brazos del cuáquero.)*

¡Ah! ¿Entonces no puedo ya vivir ni morir?

EL CUAQUERO. *(Con energía.)*

¡Tienes que vivir, callarte y rezar!

ESCENA III

La trastienda.

KITTY BELL, EL CUAQUERO.

KITTY BELL. *(Sale sola de su cuarto, y mira.)*

¡Nadie! ¡Venid, hijos míos! Nunca debe uno ocultarse más que para hacer bien. ¡Id corriendo a su cuarto! Llevadle...

(Al cuáquero.)

Vuelvo, amigo mío, vuelvo a escucharos.

(A sus hijos.)

Llevadle toda la fruta. No digáis que yo os mando, y subid sin hacer ruido. ¡Bien, bien!

(Los dos niños, llevando un cesto, suben despacio la escalera, y entran en el cuarto de Chatterton. Cuando llegan arriba:)

¿Y qué, amigo mío, creéis que el buen alcalde le socorrerá? ¡Oh, consentiré en todo lo que queráis aconsejarme!

EL CUAQUERO.

Sí, será necesario que, dentro de poco tiempo, se vaya a vivir a otra casa, si es posible fuera de Londres.

KITTY BELL.

¡Bendita la casa en que sea dichoso, puesto que no puede serlo en la mía! Me contento con que viva.

EL CUAQUERO.

No le hablaré ahora de esta resolución; lo iré preparando poco a poco.

KITTY BELL. *(Con miedo de que el cuáquero no se lo consienta.)*

Si queréis, le hablaré yo.

EL CUAQUERO.

Todavía no; será demasiado pronto.

KITTY BELL.

¿Pero si, como decís, no es para él más que una costumbre que romper?

EL CUAQUERO.

Sin duda... es muy huraño. Los autores no quieren más que a sus manuscritos... Nadie le importa, no quiere a nadie... Sin embargo, sería demasiado pronto.

KITTY BELL.

¿Por qué entonces demasiado pronto, si pensáis que su presencia es tan fatal?

EL CUAQUERO.

Sí, lo pienso, no me retracto.

KITTY BELL.

Sin embargo, si es necesario, estoy pronta a decírselo ahora aquí mismo.

EL CUAQUERO.

No, no, sería echarlo todo a perder.

KITTY BELL. *(Satisfecha.)*

Entonces, amigo mío, convenid en ello; si se queda aquí, yo no puedo tratarlo mal; es preciso que se haga todo lo posible por amortiguar sus desdichas. Le he mandado a mis hijos para distraerlo, y ellos se han empeñado en llevarle su merienda, su fruta, ¿qué sé yo? ¿Soy culpable de tal crimen, amigo mío? ¿Es uno de mis hijos?

(El cuáquero, al sentarse, se vuelve para enjugar una lágrima.)

¿Dicen que hace libros muy bonitos? ¿Los habéis leído vos?

EL CUAQUERO. *(Con afectada indiferencia.)*

Sí, es un gran genio.

KITTY BELL.

¡Y tan joven! ¿Es posible? ¡Ah! No queréis responderme, y hacéis mal, pues nunca olvido una palabra vuestra. Esta mañana, por ejemplo, aquí mismo, ¿no me habéis dicho que *devolver a un desgraciado el regalo que hizo es humillarlo y hacerle medir toda su miseria?* Por eso estoy segura de que vos no le habéis devuelto la Biblia. ¿No es verdad? Confesadlo.

EL CUAQUERO. *(Tendiéndole la Biblia lentamente, haciéndosela esperar.)*

Toma, hija mía, como soy yo quien te la doy, puedes quedarte con ella.

KITTY BELL. *(Se sienta a sus pies como los niños cuando piden un favor.)*

¡Oh, amigo mío, padre mío, vuestra bondad tiene a veces un aire severo, pero siempre es la mejor de las bondades! Estáis por encima de todos nosotros por vuestra prudencia; podríais ver a vuestros pies todas nuestras tormentas que despreciáis, y, sin embargo, sin ser alcanzado, tomáis parte en ellas, sufrís por indulgencia y luego dejáis caer algunas palabras, y las nubes se disipan, y nosotros os damos las gracias, y las lágrimas se secan, y sonreímos, porque vos lo habéis permitido.

EL CUAQUERO. *(Besándola en la frente.)*

¡Hija mía! ¡Querida hija mía! Contigo, al menos, estoy seguro de no tener nada que reprocharme.

(Hablan dentro.)

¡Alguien viene...! ¡Con tal que no sea uno de sus amigos! ¡Ah! Es Talbot... estaba seguro.

(Se oye el cuerno de caza.)

ESCENA IV

LOS MISMOS, LORD TALBOT, JOHN BELL.

LORD TALBOT.

Sí, sí, voy a reunirme con todos; ¡que se regocijen! Yo ya no tengo el corazón para alegrías. Estoy harto de ellos; dejadlos cenar sin mí. Me he divertido bastante en verlos arruinarse para tratar de seguirme; ahora, ese juego me fastidia. Señor Bell, tengo que hablaros. No me habíais contado las penas ni la pobreza de mi amigo, de Chatterton.

JOHN BELL. *(A Kitty Bell.)*

Mistress Bell, vuestra ausencia es necesaria... por un instante.

(Kitty Bell se marcha lentamente a su habitación.)

Pero, milord, sus penas yo no las veo; y en cuanto a su pobreza, sé que aquí no debe nada.

LORD TALBOT.

¡Cielos! ¿Cómo se arregla? ¡Oh, si supieseis, y vos también, buen cuáquero, si supieseis lo que acaban de decirme! En primer lugar, sus bellos poemas no le han dado ni un pedazo de pan. Claro. Son poemas y son bellos: es el curso natural de las cosas. Además, no sé qué especie de erudito, un miserable desconocido y malo, acaba de publicar—¡quiera Dios que no se entere!—una calumnia atroz. Pretende probar que *Haroldo* y todos sus poemas no son de él. Pero yo atestiguaré lo contrario, yo que se los vi inventar aquí a mi lado, siendo aún niño; lo atestiguaré, lo imprimiré y firmaré Talbot.

EL CUAQUERO.

Está bien, joven.

LORD TALBOT.

Pero no es eso todo. ¿No habéis visto ir y venir por vuestra casa a un tal Skiner?

JOHN BELL.

Sí, sí, ya sé; un rico propietario de varias casas en la City.

LORD TALBOT.

El mismo.

JOHN BELL.

Vino ayer.

LORD TALBOT.

Pues bien, trata de mandarlo a la cárcel, él, tres veces millonario, por cierto insignificante alquiler que le debe. Y Chatterton... ¡Oh! Es horrible pensarlo. Quisiera, tan vergonzoso es para el país, quisiera poder decirlo todo tan bajo, que ni el aire lo oyese. Acercaos los dos. Chatterton, para salir de su casa, ha prometido por escrito y firmado... ¡Oh, lo he leído...! Ha firmado que el día tal— y ese día se acerca—pagaría su deuda, y que, si moría mientras tanto, vendería a la Escuela de Cirugía... no se atreve uno a decir esto... su cuerpo para pagarlo; ¡y el millonario ha aceptado el escrito!

EL CUAQUERO.

¡Oh, miseria! ¡Sublime miseria!

LORD TALBOT.

No hay que pensar en eso; yo daré todo sin que él se entere; pero ¿os explicáis su tranquilidad?

EL CUAQUERO.

Y su altivez, ¿no la comprendes tú, amigo?

LORD TALBOT.

Hombre, yo lo conocía antes que vos, quiero verlo. Sé en qué tono hay que hablarle. Es preciso forzarlo a ocuparse de su porvenir..., y, además, tengo que reparar una cosa.

JOHN BELL.

¡Diablo, diablo! Nos ha salido un mal negocio; al verlo tan a bien con vos, creí que era un verdadero caballero; pero todo eso podrá traer a mi casa un gran escándalo. Mirad, francamente, deseo que advirtáis a ese joven que no puede seguir aquí más de un mes, milord.

LORD TALBOT. *(Con una risa amarga.)*

No hablemos más de ello, señor; espero, si me hace el honor de venir a ella, que mi casa lo compensará de la vuestra.

KITTY BELL. *(Vuelve tímidamente.)*

Antes que su señoría se retire, quisiera preguntarle una cosa, con permiso del señor Bell.

JOHN BELL. *(Paseándose bruscamente por el fondo de la habitación.)*

No tenéis necesidad de mi permiso. Decid lo que os plazca.

KITTY BELL.

¿Conoce, milord, al señor de Beckford, el lord-alcalde de Londres?

LORD TALBOT.

¡Por Dios, señora! Creo que hasta somos un poco parientes; lo veo siempre que pienso que no me molestará, es decir, una vez al año. Siempre me dice que tengo deudas, y en lo que a mí atañe, me resulta tonto; pero en general es estimado.

KITTY BELL.

El señor doctor me ha dicho que era todo sabiduría y caridad.

LORD TALBOT.

A decir verdad, y hablando en serio, es el hombre más honrado de los tres reinos. Si alguna cosa deseáis de él... lo iré a ver esta misma noche.

KITTY BELL.

Creo que hay aquí alguien que tendrá que acudir a él.

(En esto baja Chatterton de su cuarto con los dos niños.)

JOHN BELL.

¿Qué queréis decir? ¿Estáis loca?

KITTY BELL. *(Saludando.)*

Nada más que lo que queráis.

LORD TALBOT.

Pero dejadla hablar al menos.

EL CUAQUERO.

El único recurso que resta a Chatterton es esa protección.

LORD TALBOT.

¿Es para él? Allá voy.

JOHN BELL. *(A su mujer.)*

¿Cómo estáis tan bien enterada de sus asuntos?

EL CUAQUERO.

Se lo he contado yo.

JOHN BELL. *(A Kitty.)*

¡Si alguna vez...!

KITTY BELL.

¡Oh, no os sulfuréis, señor! No estamos solos.

JOHN BELL.

No habléis más de ese hombre.

(Aquí, Chatterton, que ha devuelto los dos niños a su madre, se acerca a la chimenea.)

KITTY BELL.

Como lo ordenéis.

JOHN BELL.

Milord, aquí tenéis a vuestro amigo, sabréis por él mismo lo que piensa.

ESCENA V

CHATTERTON, LORD TALBOT, EL CUAQUERO, JOHN BELL, KITTY BELL.

(Chatterton presenta aspecto tranquilo y casi alegre. Echa sobre un sillón algunos manuscritos.)

LORD TALBOT.

Tom, vuelvo para haceros un favor; ¿me lo permitís?

CHATTERTON. *(Con una voz dulce como la de un niño, y sin cesar de mirar a Kitty Bell durante toda la escena.)*

Estoy resignado, Jorge, a todo lo que quieran, a casi todo.

LORD TALBOT.

¿Tenéis, pues, un mal negocio con ese bribón de Skirner? Quiere haceros prender mañana.

CHATTERTON.

No lo sabía, pero tiene razón.

JOHN BELL. *(Al cuáquero.)*

Milord, es demasiado bueno para él; ¿no veis qué aire de altivez?

LORD TALBOT.

¿Tiene razón?

CHATTERTON.

Tiene razón, según la ley. Debía haberle pagado ayer, con el precio de un manuscrito que no he concluído; firmé esta promesa; si he tenido penas, si la inspiración no se ha presentado a la hora fijada, eso no tiene nada que ver con él. Sí, yo no debía contar hasta ese punto con mis fuerzas, y fijar la llegada de una musa y su partida como se calcula la carrera de un caballo. He faltado al respeto a mi alma inmortal, la he alquilado por horas, la he vendido. Yo soy el que hice mal, merezco las consecuencias.

EL CUAQUERO. *(A Kitty Bell.)*

¡Apostaría a que lo toman por loco! Es demasiado sublime para ellos.

LORD TALBOT. *(Riendo, pero un poco picado.)*

¿Pues qué? Lo defendéis por miedo a opinar como yo.

JOHN BELL.

Es verdad, es por el afán de contradecir.

CHATTERTON.

No... Ahora pienso que todo el mundo tiene razón, menos los poetas. La Poesía es una enfermedad del cerebro. No hablo de mí, ya estoy curado.

EL CUAQUERO. *(A Kitty.)*

No me gusta que diga eso.

CHATTERTON.

No volveré a escribir un verso en mi vida, os lo juro; suceda lo que suceda, no escribiré ni uno más.

EL CUAQUERO. *(Sin quitarle la vista.)*

¡Hum! Vuelve a caer.

LORD TALBOT.

¿Es verdad que contabais con el señor Beckford, con mi viejo primo? Me sorprende que no hayáis contado antes conmigo.

CHATTERTON.

El lord-alcalde es a mis ojos el Gobierno, y el Gobierno es Inglaterra, milord; es con Inglaterra con quien cuento.

LORD TALBOT.

A pesar de eso, le diré lo que queráis.

JOHN BELL.

No se lo merece.

EL CUAQUERO.

¡Bien por la rivalidad de protecciones! El viejo lord querrá proteger mejor que el joven. Quizá salgamos ganando.

(Se oye trepidar de ruedas en la calle.)

KITTY BELL.

Me parece oír un coche.

ESCENA VI

LOS MISMOS, EL LORD-ALCALDE.

(Los jóvenes lores bajan, servilleta en mano y en traje de caza, para ver al lord-alcalde. Entran seis criados con antorchas y se colocan en fila. El lord-alcalde es anunciado.)

KITTY BELL.

¡Viene el mismo lord-alcalde a ver al señor Chatterton! ¡Raquel! ¡Hijos míos! ¡Qué dicha! Dadme un beso.

(Corre a ellos y los besa con transporte.)

JOHN BELL.

¡Las mujeres sufren accesos de locura inexplicables!

EL CUAQUERO. *(Aparte.)*

La madre da a sus hijos un beso de amante sin saberlo.

BECKFORD. *(Hablando alto y repantigándose pesada y pomposamente en un sillón.)*

Vaya, vaya, aquí están, creo, reunidos todos los que buscaba. ¡Ah, John Bell, mi leal amigo, se vive a gusto en vuestra casa! ¡Me parece!

Pues veo en ella alegres caras que gustan del bullicio y del desorden más de lo que es razón. Cosas de la edad.

JOHN BELL.

Milord, vuestra señoría me honra mucho viniendo a mi casa por segunda vez.

BECKFORD.

Sí, ¡juro a Dios, amigo Bell; es la segunda vez que entro aquí...! ¡Ah! ¡Qué niños tan bonitos...! Sí, la segunda vez, pues la primera fué para felicitaros por la acertada fundación de vuestras manufacturas; y hoy encuentro esta nueva casa más bella que nunca; es vuestra mujercita quien la administra, muy bien. Primo Talbot, ¡no decís nada! Os he interrumpido, Jorge; ¿estabais de fiesta con vuestros amigos, eh? Primo Talbot, nunca seréis más que un libertino; cosas de la edad.

LORD TALBOT.

No os ocupéis de mi, querido lord.

LORD LAUDERDALE.

Es lo que todos los días le repetimos, milord.

BECKFORD.

¿Y vos también, Lauderdale, y vos, Kingston? ¿Siempre con él? ¿Siempre cantando, jugando y

bebiendo toda la noche? Acabaréis todos mal pero no os guardo rencor; cada uno tiene derecho a gastar su fortuna como Dios le dé a entender. John Bell, ¿no tenéis en vuestra casa a un joven llamado Chatterton, por quien he querido venir yo mismo?

CHATTERTON.

Soy yo, milord, que os he escrito.

BECKFORD.

¡Ah! ¿Sois vos, querido? Acercaos un poco que os vea la cara. Conocí a vuestro padre, un hombre digno como no hay otro; un pobre soldado que había hecho honradamente su camino. ¡Ah! ¿Entonces sois vos Tomás Chatterton? Mi joven amigo, os habéis entretenido haciendo versos; está bien para una vez, pero no se puede continuar. A todos nos ha dado alguna vez por ahí. ¡Je, je! Yo hice como vos en mi primavera, y ni Littleton, ni Swift, ni Wilkes han escrito nunca para las bellas damas versos más galantes y más frívolos que los míos.

CHATTERTON.

No lo dudo, milord.

BECKFORD.

Pero yo no daba a las musas más que los ratos perdidos. Bien sabía yo lo que de ellas dice

Ben Jonson: que la musa más bella del mundo no puede bastarse a nutrir a su hombre, y que es preciso tener a esas señoritas de queridas, pero nunca de mujeres.

(Lauderdale, Kingston y los demás lores ríen.)

LORD LAUDERDALE.

¡Bravo, milord! ¡Es la pura verdad!

EL CUAQUERO. *(Aparte.)*

Quiere matarlo a fuego lento.

CHATTERTON.

Nada más cierto, ahora lo comprendo, milord.

BECKFORD.

Vuestra historia es la de miles de muchachos; no habéis podido hacer más que vuestros malditos versos, ¿y para qué sirven, decidme? Os hablo como padre... ¿para que sirven? Un buen inglés debe ser útil a su país. Veamos, ¿qué idea tenéis de nuestros deberes comunes?

CHATTERTON. *(Aparte.)*

¡Por ella, por ella! Beberé el caliz hasta las heces.

(Alto.)

Creo comprenderlos, milord. Inglaterra es un navío. Nuestra isla tiene forma parecida: la proa vuelta hacia el Norte está como anclada en medio de los mares, vigilando el continente. Sin cesar saca de su seno otros navíos hechos a su imagen, y que llevan su representación a todas las costas del mundo. Pero nuestro trabajo está a bordo del gran navío. El rey está junto a la bandera; los lores, los comunes, en el timón y en la brújula; todos los demás debemos tener nuestras manos en las jarcias, subir a los mástiles, desplegar las velas y cargar los cañones; todos formamos parte de la tripulación, y ninguno es inútil en la maniobra de nuestro glorioso navío.

BECKFORD.

¡No está mal, no está mal! Aunque todavía escriba versos; pero, aun admitiendo lo que decís, ya veis que sigo teniendo razón. ¡Qué diablo puede hacer el poeta en la maniobra?

(Una pausa.)

CHATTERTON.

Lee en los astros el camino que nos muestra el dedo del Señor.

LORD TALBOT.

¿Qué os parece, milord? ¿No lo aprobáis? El piloto no es inútil.

BECKFORD.

Imaginación, ¡querido!, o locura, da lo mismo; no servís para nada, y os habéis vuelto así por esas pampiroladas. Me han dado informes vuestros... para hablaros francamente... y...

LORD TALBOT.

Milord, es amigo mío, y me obligaríais tratándolo bien...

BECKFORD.

¡Ah! ¿Os interesáis por él, Jorge? Pues bien, quedaréis contento; he hecho alguna cosa por vuestro protegido, a pesar de las averiguaciones de Bale... Chatterton no sabe que se han descubierto las pequeñas mañas que emplea en sus manuscritos; pero son bien inocentes, y se las perdono de todo corazón. *El Magisterial* es un buen periódico: os lo traigo para convertiros, con una carta que os dará a conocer mis proposiciones: se trata de cien libras esterlinas al año. No seáis niño, no las desdeñéis; ¡qué demonio!, vuestro padre no era de la estirpe de Júpiter, no era hermano del rey vuestro padre; y, en verdad, vos no servís para nada más que para lo que os proponen. Es un buen comienzo, no os separéis de mí, yo os vigilaré de cerca.

(Kitty Bell, con una mirada, suplica a Chatterton que no rehuse. Ha adivinado su indecisión.)

CHATTERTON. *(Vacila un momento antes de mirar a Kitty.)*

Me someto a todo, milord.

LORD LAUDERDALE.

¡Qué bueno es milord!

JOHN BELL.

¿Queréis aceptar el primer brindis, milord?

KITTY BELL. *(A su hija.)*

Id a besarle la mano.

EL CUAQUERO. *(Estrechando la mano a Chatterton.)*

Bien, amigo mío, has estado valiente.

LORD TALBOT.

Estaba seguro de mi hinchado primo Tom. Vamos, he trabajado tanto que ya ha arribado a buen puerto.

BECKFORD.

John Bell, mi honorable John Bell, llevadme adonde cenan éstos locuelos, que yo los vea sentarse a la mesa. Eso me rejuvenecerá.

LORD TALBOT.

Todos irán, incluso el cuáquero. A fe mía, milord, sea por vos o por mí, ya está Chatterton tranquilo; vamos..., no nos ocupemos más del asunto.

JOHN BELL.

Vamos todos a acompañar a milord.

(A Kitty Bell.)

Quiero que vengáis a hacer los honores.

(Ella va hacia su cuarto.)

CHATTERTON. *(Al cuáquero.)*

¿No he hecho todo lo que deseabais?

(Muy alto, al señor Beckford.)

Milord, dentro de un instante soy vuestro; tengo que quemar algunos papeles.

BECKFORD.

¡Bien, bien...! Se corrige de su manía, está bien.

(Salen.)

JOHN BELL. *(Volviéndose a su mujer bruscamente.)*

Entrad en vuestro cuarto, ¿qué hacéis?, y acordaos de que os espero.

(Kitty Bell se para un momento en la puerta y mira a Chatterton con inquietud.)

KITTY BELL. *(Aparte.)*

¿Para qué querrá quedarse solo, Dios mío?

(Sale con sus niños, llevando en brazos al más pequeño.)

ESCENA VII

CHATTERTON. *(Solo, paseándose.)*

Andad, mis buenos amigos. Es muy extraño que mi destino cambie así de repente. Me cuesta trabajo fiarme, y, sin embargo, las apariencias me lo aseguran. Ahí tengo mi fortuna. ¿Qué ha querido decir ese hombre al hablar de mis mañas? ¡Ah!, lo que todos dicen. Han adivinado lo que yo mismo les confesaba: que soy el autor de mi libro. ¡Grosera sutileza! ¡Ahí se conocen! ¿Qué será esa plaza? ¿Algún empleo de oficina? Mejor, ¡eso es honroso! Podré vivir sin escribir las cosas comunes que dan para vivir. El cuáquero volverá a su paz de espíritu que yo le he quitado, y ella, ¡Kitty Bell!, no morirá si es verdad que la hubiera matado. ¿Debo creerlo? Lo dudo: lo que se esconde así, tan fácilmente, es siempre poco importante, y, para ser tan amante su alma, es muy maternal. No importa, más vale así, no volveré a verla. Está resuelto..., tanto hubiera valido matarme. Es fácil ocultar un cadáver. A ella no se lo hubiera dicho. El cuáquero hubiera

tenido buen cuidado; está en todo. Y ahora, ¿para qué vivir? ¿Para quién...? Para que viva ella, es bastante... Vamos... deteneos, ideas negras, no volváis... Leamos esto...

(Lee el periódico.)

"Chatterton no es el autor de sus obras... Está probado. Esos admirables poemas son, en realidad, de un monje llamado Rowley, que los tradujo de otro monje del siglo x, llamado Turgot... Esta impostura, perdonable en un escolar, sería criminal más tarde... Firmado... *Bale...*" ¿Bale? ¿Qué es esto? ¿Qué le he hecho yo? ¿De qué albañal sale esa serpiente? ¡Qué! ¡Mi nombre, borrado! ¡Mi gloria, eclipsada! ¡Mi honor, perdido! ¡He aquí el juez...! ¡El bienhechor! Veamos qué ofrece.

(Abre la carta, lee y exclama con indignación.)

¡Una plaza de primer ayuda de cámara en su casa. ¡Ah, condenado país! ¡Tierra del desprecio! ¡Maldita seas!

¡Alma mía, te había vendido! Vuelvo a comprarte con esto.

(Bebe el opio.)

¡Skriner cobrará! ¡Ahora libre de todos! ¡Igual a todos! ¡Salud, primera hora de reposo que he disfrutado! ¡Ultima hora de mi vida, aurora del día eterno, salud! ¡Adiós, humillaciones, odios, sarcasmos, trabajos degradantes, incertidumbres, angustias, miserias, torturas del corazón; adiós! ¡Oh, qué dicha, os digo adiós! ¡Si supieran, si su-

pieran esta dicha que siento... no dudarían tanto tiempo!

(Aquí, después de un instante de recogimiento, durante el cual su rostro toma una expresión de beatitud, junta las manos y prosigue.)

¡Oh, Muerte, ángel de libertad, qué dulce es tu paz! Tenía razón en adorarte, pero no tenía la fuerza de hacerte mía. Sé que tus pasos serán lentos y seguros. Mírame, ángel severo, quitarles a todos la huella de mis pasos en esta tierra.

(Echa al fuego todos sus papeles.)

¡Andad, nobles pensamientos, escritos para todos esos ingratos desdeñosos, purificaos en las llamas y subid al cielo conmigo!

(Levanta los ojos al cielo, y desgarra lentamente sus poemas, con la actitud grave y exaltada de un hombre que hace un sacrificio solemne.)

ESCENA VIII

CHATTERTON, KITTY BELL.

(Kitty Bell sale despacio de su habitación, se para, observa a Chatterton y va a colocarse entre la chimenea y él, que cesa repentinamente de desgarrar papeles.)

KITTY BELL. *(Aparte.)*

Pero ¿qué hace? No me atreveré a hablarle nunca. ¿Qué es lo que está quemando? Esa llama

me da miedo, y su semblante, iluminado por ella, resulta lúgubre.

(A Chatterton.)

¿No os vais con milord?

CHATTERTON. *(Deja caer sus papeles; le tiembla todo el cuerpo.)*

¡Ya! ¡Ah, sois vos! ¡Ah, señora! ¡De rodillas! ¡Por compasión! Olvidadme.

KITTY BELL.

¡Dios mío! ¿A qué viene eso? ¿Qué habéis hecho?

CHATTERTON.

¡Voy a partir! ¡Adiós! ¿Qué queréis, señora? Es preciso que las mujeres no se dejen engañar más tiempo por nosotros. Las pasiones de los poetas no existen apenas. No se debe tener cariño a esa gente; francamente, ellos no quieren a nadie: todos son unos egoístas. El cerebro vive a expensas del corazón. No los leáis nunca y no los tratéis; yo fuí peor que todos ellos.

KITTY BELL.

¡Dios mío! ¿Por qué decís "fuí"?

CHATTERTON.

Porque ya no quiero ser poeta; ya veis, todo lo he destrozado. Lo que voy a ser tampoco val-

drá más, pero ya veremos. ¡Adiós! ¡Escuchadme! Tenéis una familia encantadora; ¿queréis a vuestros hijos?

KITTY BELL.

Más que a mi vida.

CHATTERTON.

Amad, pues, vuestra vida por aquellos a quienes la habéis dado.

KITTY BELL.

¡Ay! Sólo por ellos le tengo cariño.

CHATTERTON.

¡Y qué más bello en el mundo, oh, Kitty Bell! Con esos ángeles en vuestras rodillas parecéis la divina Caridad.

KITTY BELL.

Me abandonarán un día.

CHATTERTON.

¡Nada vale lo que eso para vos! ¡Ahí está la verdad de la vida! Ese es un amor sin turbación y sin miedo. En ellos está la sangre de vuestra sangre, el alma de vuestra alma; amadlos, señora, únicamente y por encima de todo. Prometédmelo.

KITTY BELL.

¡Dios mío! Tenéis los ojos llenos de lágrimas y sonreís.

CHATTERTON.

¡Que no lloren nunca vuestros ojos, y que vuestros labios sonrían siempre! ¡Oh, Kitty! No dejéis nunca entrar en vos ninguna tristeza extraña a vuestra pacífica familia.

KITTY BELL.

¡Ay! ¿Depende eso de nosotros?

CHATTERTON.

¡Sí, sí...! Hay algunas ideas con que uno puede cerrarse el corazón. Preguntad al cuáquero, él os dará. Yo no tengo tiempo; dejadme salir.

(Va hacia su cuarto.)

KITTY BELL.

¡Dios mío! ¡Cuánto sufrís!

CHATTERTON.

Al contrario. Estoy curado. Sin embargo, tengo la cabeza ardiendo. ¡Ah, bondad, bondad! Me hace más daño que sus maldades.

KITTY BELL.

¿De qué bondad habláis? ¿De la vuestra?

CHATTERTON.

Las mujeres son inocentes de su bondad. Por bondad habéis venido. ¡Os esperan arriba! Estoy seguro. ¿Qué hacéis aquí?

KITTY BELL. *(Profundamente emocionada, con la mirada hosca.)*

Ahora, aunque el mundo entero me esperase, me quedaría.

CHATTERTON.

Os seguiré dentro de un instante. ¡Adiós, adiós!

KITTY BELL. *(Deteniéndolo.)*

¿No vendréis?

CHATTERTON.

Iré. Iré.

KITTY BELL.

¡Oh! No queréis venir.

CHATTERTON.

Señora, esta casa es vuestra, pero esta hora me pertenece.

KITTY BELL.

¿En qué la vais a emplear?

CHATTERTON.

Dejadme, Kitty. Los hombres tienen momentos en que no pueden rebajarse a vuestra talla y endulzarse la voz para vosotras... Kitty Bell, dejadme.

KITTY BELL.

Jamás seré feliz si os dejo así, señor.

CHATTERTON.

¿Venís para castigarme? ¿Qué genio del mal os envía?

KITTY BELL.

Un terror inexplicable.

CHATTERTON.

Os asustaréis si os quedáis.

KITTY BELL.

¿Tenéis malos proyectos, Santo Dios?

CHATTERTON.

¿No os he dicho bastante? ¿Cómo estáis aquí?

KITTY BELL.

¿Y cómo no estaría?

CHATTERTON.

Porque os amo, Kitty.

KITTY BELL.

¡Ah, señor; si me lo decís es que queréis morir!

CHATTERTON.

Tengo derecho a morir. Lo juro en vuestra presencia y lo sostengo delante de Dios.

KITTY BELL.

Y yo os juro que es un crimen: no lo cometáis.

CHATTERTON.

Es preciso, Kitty, estoy condenado.

KITTY BELL.

Esperad un día no más para pensar en vuestra alma.

CHATTERTON.

No hay nada que no haya pensado, Kitty.

KITTY BELL.

Solamente una hora para rezar.

CHATTERTON.

Ya no puedo rezar.

KITTY BELL.

Os lo ruego por mí misma. Eso me dará la muerte.

CHATTERTON.

Os avisé; ya no hay tiempo.

KITTY BELL.

¿Y si os amase yo?

CHATTERTON.

Lo he visto, y es por eso por lo que he hecho bien en matarme; por eso es por lo que Dios puede perdonarme.

KITTY BELL.

¿Qué habéis hecho entonces?

CHATTERTON.

Ya no hay tiempo, Kitty; es un muerto el que os habla.

KITTY BELL. *(De rodillas, las manos levantadas hacia el cielo.)*

¡Dios Todopoderoso! ¡Perdón para él!

CHATTERTON.

¡Marchaos...! ¡Adiós!

KITTY BELL. *(Cayendo.)*

No puedo ya...

CHATTERTON.

Pues bien, ruega por mí en la tierra y en el cielo.

(La besa en la frente y sube la escalera tambaleándose; abre la puerta de su cuarto, y cae.)

KITTY BELL.

¡Ah! ¡Dios mío!

(Se fija en el frasquito.)

¿Qué es esto? ¡Perdonadle, Señor!

ESCENA IX

KITTY BELL, EL CUAQUERO.

EL CUAQUERO. *(Acudiendo.)*

Estáis perdidos... ¿Qué hacéis aquí?

KITTY BELL. *(Tendida en los escalones.)*

¡Subid corriendo! Subid, señor, va a morir; salvadlo... si aun es tiempo.

(Mientras el cuáquero se encamina a la escalera, Kitty Bell mira a través de los cristales de las puertas si hay alguien que pueda proporcionar socorro; luego, no habiendo visto a nadie, sigue al cuáquero aterrorizada, escuchando el ruido del cuarto de Chatterton.)

EL CUAQUERO. *(Subiendo a zancadas, a Kitty Bell.)*

Quédate, hija mía, quédate, no me sigas.

(Entra en la habitación del poeta y se encierra con él. Se adivinan los suspiros de Chatterton y las palabras animosas del cuáquero. Kitty Bell sube, medio desvanecida, agarrándose a la barandilla en todos los escalones; hace un esfuerzo para abrir la puerta, que resiste y cede al fin. Aparece Chatterton moribundo, en brazos del cuáquero. Kitty grita, se desliza medio muerta por la barandilla y cae sobre el último peldaño. Se oye a John Bell que llama desde la sala vecina.)

JOHN BELL.

¡Mistress Bell!

(Kitty echa a andar leyendo la Biblia y balbuciendo palabras ininteligibles. Los hijos corren a colgarse de su falda.)

EL CUAQUERO. *(Desde lo alto de la escalera.)*

¿Lo ha visto morir? ¿Lo ha visto?

(Se acerca a ella.)

¡Hija mía, hija mía!

JOHN BELL. *(Entrando violentamente y subiendo dos peldaños.)*

¿Qué hace aquí mi mujer? ¿Dónde está ese hombre? Mi voluntad es que se vaya.

EL CUAQUERO.

Decid que se lo lleven. Ha muerto.

JOHN BELL.

¿Muerto?

EL CUAQUERO.

¡Sí, muerto a los diez y ocho años! Lo habéis recibido todos tan bien, ¡asombraos de que se haya matado!

JOHN BELL.

Pero...

EL CUAQUERO.

No sigáis, señor; bastante espantada está ya.

(Mira a Kitty y la ve moribunda.)

¡Señor, llevaos a sus hijos! Pronto, que no la vean.

(Arranca a los niños de los pies de Kitty, se los entrega a John Bell y sostiene a la madre en sus brazos. John Bell los coge y queda estupefacto. Kitty Bell muere en brazos del cuáquero.)

JOHN BELL. *(Con espanto.)*

¡Vamos, vamos! ¡Kitty, Kitty! ¿Qué tenéis?

(Se para al ver que el cuáquero se arrodilla.)

EL CUAQUERO.

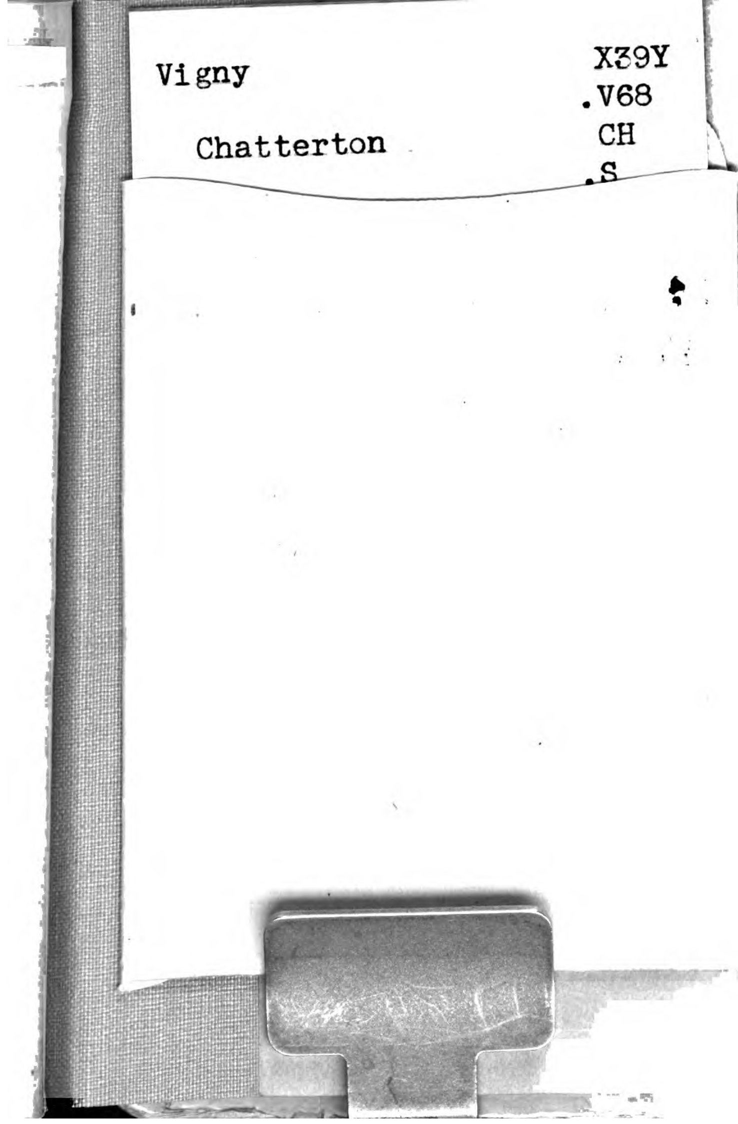
¡Oh! ¡En tu seno, en tu seno, Señor, recibe a estos dos mártires!

(El cuáquero queda de rodillas, los ojos vueltos hacia el cielo, hasta que baje el telón.)

FIN

ÍNDICE




Vigny
Chatterton
X39Y
.V68
CH
.S